

x-rite

colorchecker CLASSIC



1mm

M.C.D. 2022

A-420

R. 30.450

MIL Y UNA NOVELAS.

DON MENDO DE ACUÑA.

EPISODIO NOVELESCO

DE LA HISTORIA DE CASTILLA.

POR

DON PIO DE LA SOTA.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8,
1855.



M.C.D. 2022

LIBRARY

UNIVERSITY OF MICHIGAN

DON
MENDO
DE
ACUÑA

LIBRARY

A

420

M.C.D. 20

A-420

T108670

c. 1140 10f



T108670

28

1229

como telas

DON MENDO DE ACUÑA.



DOY FECHO DE ACTA



A-420

R. 30.450

MIL Y UNA NOVELAS.

DON MENDO DE ACUÑA.

EPISODIO NOVELESCO

DE LA HISTORIA DE CASTILLA.

POR

DON PIO DE LA SOTA.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,

calle de Santa Teresa, número 8.

1855.

1822

MIL Y CINCUENTA

DOY MENUDO DE LA UNIÓN

REVISADO

DE LA HISTORIA DE CASTILLA

1822

LIBRO DE LA HISTORIA



—

MADRID

REPUBLICANA PROGRESIVA DE MADRID
Calle de Santa Teresa, 11

1822



DON MENDO DE ACUÑA.

CAPITULO I.

LA ELECCION DE HERMANO DE ARMAS.

Corria el año décimo sétimo del siglo XIII, y se hallaba el reino castellano entregado á la anarquía mas completa, siendo presa de enemigos exteriores y víctima de revueltas intestinas. El rey Alfonso IX de Leon á la cabeza de valerosas huestes invadia los territorios de las ciudades de Valladolid y de Palencia: los alcaides de Tarazona y de Calatayud, presidios militares de Aragon, se apropiaban los terrenos cercanos á Medinaceli, Gomara y Agreda: las algaras musulmanas devastaban las comarcas limítrofes á Córdoba y á Toledo; y las parcialidades y bandos de los Castros y Laras traian en agitacion á Briviesca, Nájera, Salas, Lerma y otros muchos

pueblos. En todas las fronteras se peleaba, en todas las villas se urdian conspiraciones, y en todos los campos se reñia, derramándose la sangre á torrentos y dándose por do quiera el espectáculo de la ferocidad y del crimen.

Para defender el reino de Castilla de los ataques de los estraños, y para salvarle de las ambiciones de los propios, ocupaba el trono un tierno mancebo de diez y ocho años, asistido solo de una muger, separada de su marido, que era su mayor contrario, y de algunos fieles magnates y nobles que habian querido demostrar á toda costa su lealtad. El mancebo habia sido jurado rey el dia 1.º de julio en las córtes de Valladolid, y se llamaba Fernando III: la muger era doña Berenguela, que voluntariamente habia abdicado en su hijo la corona.

En un caluroso dia del mes de agosto, estaban doña Berenguela y don Fernando en una cuadra espaciosa del alcázar de Burgos: aquella tenia los ojos inflamados y el pecho alterado, y éste leia pensativo y para sí un pergamino, cuyo remate arrugaba y estrujaba entre sus crispados dedos. Apenas habia llegado á la última línea del escrito le arrojó sobre una mesa, y procurando dominar su emocion y templar su enojo, dijo á doña Berenguela:

—Mañana, madre mia, es preciso que parta á castigar la rebelion y á humillar la soberbia de mi antiguo tutor don Alvaro de Lara, que desde la villa de Herrera se atreve á desafiar mi poder real.

—Mañana, hijo mio, es imposible; contestó la madre. En la ciudad apenas tienes cien ginetes y trescientos peones; todas las tierras comarcanas se han declarado por los condes; el rey, tu padre, ataca tus estados, y el tesoro de Castilla no cuenta lo suficiente para subvenir al mantenimiento del mas pequeño ejército.

—Y sin embargo, replicó don Fernando, saldré aunque sea acompañado tan solo de mis amigos y de mis pages; porque no mereceria sentarme en el trono de Castilla si tolerase por un dia el lenguaje altanero de este escrito....

—¿No temes, preguntó la abatida doña Berenguela, los efectos de un encuentro desgraciado con el traidor?

—Nada temo, porque van conmigo la justicia de mi causa y la razon de mi derecho, y Dios sostendrá la primera y hará triunfar la última.

—Dios todo lo puede, Fernando; pero seria poco prudente lanzarse con un puñado de hombres contra enemigos tan numerosos y aguerridos. Mejor fuera convocar tropas y marchar despues de reunir las...

—Las tropas correrán á mi encuentro asi que haya salido de la ciudad, y el reino entero me respetará cuando me vea ir á someter á mis rebeldes vasallos... No os opongais por tanto á mi resolucion, madre adorada; porque seria quitarme la mitad del aliento que necesito para esta empresa.

—La matrona que ha regido á Castilla, exclamó doña Berenguela entusiasmada al oír el animoso arranque de su hijo no desalentará al monarca que la rige; y si antes ha mostrado postracion, mostrará ahora todo su ardimiento y valor al verle resuelto á ir al encuentro de sus adversarios. Partirás con las tropas hoy reunidas; desde mañana llamaré á mis antiguos amigos, venderé todas mis joyas y mis alhajas de oro y plata, y antes que hayas llegado á los pueblos levantados estaré á tu lado y pelearé contigo.

—En buen hora, madre mia, dijo don Fernando lleno de alegría, pero guardando siempre el severo continente y la tranquila apariencia que le distinguieron toda la vida. En buen hora, repitió; convocad á Suero y Alfonso Tellez; haced que al momento acudan con sus mesnadas Iñigo Perez y García Nuño, que están sobre Lerma; avisad á Diego Lopez, que se halla poniendo cerco á Briviesca, y venid juntos en mi busca. Entretanto bastamos Lope Diaz de Haro y yo para poner en cuidado al de Lara y á sus parciales.

—Haz que sin demora venga el tesorero Elías, manifestó la reina, y mientras dispones con Haro lo conveniente para la marcha, voy á dirigir mis cartas de citacion á los fieles caballeros que en todos tiempos y ocasiones me han prestado su ayuda.

—Y hoy tambien la prestarán y venceremos, que asi lo presiente mi corazon.

—El Señor te oiga, hijo querido.

Salió de la estancia doña Berenguela asi que pronunció las últimas palabras, y don Fernando, tomando un silbato de oro, le aplicó á los labios y le hizo producir un sonido fuerte, prolongado y vibrante.

No habian pasado dos minutos cuando apareció en el umbral de la puerta contraria á la que diera paso á la reina un page, casi de la misma edad que el rey, quien con cariñosa voz le habló en esta forma:

—Acércate, Mendo mio, y atiende: mañana salgo para la guerra, y necesito un amigo leal, un hermano de armas, por quien yo corra y quien corra por mí toda clase de peligros. ¿Conoces tú algun guerrero que asi quiera ser favorecido y que asi quiera servir á su rey?

—Señor, contestó don Mendo, no conozco á nadie que merezca el honor de ser hermano de armas de V. A.; pero sé de un jóven, para quien será una dicha morir en defensa de su rey....

—¿Y respondes tú de ese jóven.... como pudieras responder de tí mismo?

—Respondo, señor...

—Díme su nombre...

—Rodrigo de Acuña.

—¡Tu hermano!

—El...

—En mucha estima le tengo, y quiero que venga

conmigo; pero yo deseo un compañero de menos años todavía...

—Señor, tiene veinte.

—Le quisiera de la misma sangre noble que tu hermano y de mi edad...

—Señor, señor; si yo sirviera.... pero no me atrevo.

—Si, Mendo, si; á tí quiero, á tí escojo para mi hermano de guerra. Aunque por pocos dias, una misma leche hemos mamado: unos han sido siempre nuestros gustos: nunca desde que nacimos nos hemos separado: en todas mis desgracias de la infancia has tomado parte; y al ir por primera vez á probar los azares de las armas, no quiero tener otro hermano que tú.

El pobre don Mendo al oir al rey, á quien amaba con delirio, tenia arrasados de lágrimas los ojos, y poniéndose postrado de rodillas, exclamó:

—La merced que V. A. me dispensa no bastan á agradecerla las palabras. Mis obras darán testimonio del amor y respeto que siento, y juro que los enemigos de mi rey antes de llegar á él pasarán por encima de mi cadáver.

—Estoy seguro de ello, hermano mio, dijo el monarca levantando del suelo al page y poniéndole las manos sobre la cabeza. Ve ahora, continuó, llama á don Lope Diaz de Haro; encarga á mi guardia que esté dispuesta para la marcha; dí á Pero Antunez que congregate á mis bravos ballesteros; y

dispon todo lo necesario para que mañana al caer de la tarde abandonemos los muros de la capital.

Y así diciendo, condujo al page hasta la puerta por donde habia entrado, retirándose luego el rey por la que guiaba á su oratorio.

—>>>00<<<<—

CAPITULO II.

EL PRIMER HECHO DE ARMAS DE LOS DOS HERMANOS.

A orillas del Buréjo y del Pisuerga, sobre una altura, que vista por la parte de Calahorra de Buedo apenas se distingue, y que mirada desde Sotobellanos es de consideracion, se hallaba asentada hace seis siglos y veinte y cinco años, como se halla hoy la villa de Herrera; y era entonces como ahora una poblacion de feo aspecto; diferenciándose, sin embargo, en que por el año de 1217 encerraba dentro de sus murallas doce mil habitantes, y en el de 1842 solo cobija en sus casas á ochocientas almas. Por el lado del Oeste tenia fuertés muros que se corrian hácia el Norte y hácia el Sur, y por el Este se hallaba defendida por las quiebras del terreno y por torres avanzadas, siendo en aquella época un punto fuerte de bastante importancia.

Alli habian reunido sus parciales don Alvaro y don Fernando de Lara, señores los dos de vastos territorios, hermanos de padres y hermanos de ambicion, que durante muchos años traian revuelta y alborotada á Castilla, y que pretendian ahora gobernarla, dominando al j6ven rey y á la prudente reina. No era la vez primera que estos condes altaneros y rebeldes habian levantado pendones contra doña Berenguela, ni era tampoco la primera que aquella valerosa matrona los habia vencido, otorgándoles luego un perdon á que no eran acreedores, y cuyo beneficio nunca supieron reconocer; y asi su actual alzamiento no tenia disculpa ni podia ser tolerado en los primeros dias de un nuevo reinado.

Sin duda por esta razon, no bien el rey habia salido de Burgos en los últimos dias del mes de agosto, cuando de todos los lugares inmediatos se le unieron gentes de pie y de á caballo, de tal modo que no teniendo sino cuatrocientos hombres al dejar la capital, mandaba ya dos mil al dar vista á los muros de Herrera. Los pueblos, viendo al monarca tan j6ven, tan prudente, tan animoso, tan afable y tan piadoso, tomaron entusiasmo por la defensa de su causa, y acudieron á las tropas con toda clase de socorros y de vituallas.

La virtuosa reina, despues de haberse deshecho de todo cuanto le pertenecia en oro, en plata y en piedras preciosas, y reunida á los hermanos Tellez,

á Iñigo Perez, á García Nuño, á Diego Lopez y á otros arrojados capitanes, que acudieron como siempre al primer llamamiento, salió de Burgos ocho dias mas tarde que su hijo, y le alcanzó en Villabermudo; juntándose por fin un ejército de cuatro mil combatientes, inflamados con la presencia de sus reyes.

Los hermanos Laras, gefes distinguidos y valientes, no se descuidaban en fortificar mas y mas la villa, en abastecerla y en proveerla de todo lo necesario, temerosos de que el monarca castellano llegara con poderosa hueste; pero habiendo sabido que don Fernando y doña Berenguela solo habian reunido la mitad de las fuerzas con que ellos contaban, determinaron abandonar la poblacion y salir á pelear con el enemigo en campo raso.

Era el dia 4 de setiembre: el rey al rayar del alba recorria con sus capitanes el campo y se aproximaba á reconocer las murallas de la villa; y deseando ocasion de probar su corazon en la batalla, ansiaba que llegara el momento de venir á las manos con el enemigo. Permanecian las tropas reales en sus tiendas, y la cabalgata dirigida por el rey y por los dos Tellez seguia rodeando los muros, cuando á la vuelta de un ribazo se halló frente á frente con don Alvaro y un numeroso escuadron de caballería que á toda rienda marchaba á cortar al monarca el camino.

El número de los que acompañaban al rey era

corto; los adversarios eran muchos; la retirada era imposible; de modo que los gefes empezaron á rodear á don Fernando para preservarle de todo riesgo; pero él, mandando cargar á los contrarios, los arremetió con brio, se abrió pasó, cayó sobre unos y sobre otros, revolvió hácia todas partes y logró quedar libre por un corto instante; mas su violencia en el acometer y su impetuosidad en el avanzar le separaron de toda su gente, y se halló entre los enemigos solo y sin ayuda. Don Alvaro le vió, se fué hácia él con varios de los suyos, y se propuso cogerle prisionero; y con efecto, llegó, le rodea, le ostiga sin ofenderle, le cansa, y ya va á lograr apoderarse de su persona, cuando un guerrero tinto en sangre salva los inconvenientes, hiere, derriba, mata cuanto se le opone, se aproxima al rey y descarga sobre don Alvaro tan fuerte golpe, que le arroja al suelo con el mayor estrépito. En seguida el vencedor pone la punta de la lanza sobre el pecho del vencido y le obliga á entregarse y á dar la orden de que su escuadron se rinda, haciendo de este modo al de Lara y á todos los suyos prisioneros.

El rey, que durante este tiempo no habia cesado de pelear, quiere saber quién es su salvador, y en cuanto le mira dice:

—Mendo, hermano mio, no me equivoqué al elegirte para compañero de armas. Me has salvado la vida ó el honor, que es mas preciado que aquella.

—Señor, contestó Acuña, la mia hubiera perdido antes que permitir tamaño ultraje.

Los caballeros del séquito de don Fernando habían ejecutado proezas de valor para deshacerse de sus contrarios y para acercarse á su señor; pero todo habia sido inútil hasta que don Mendo logró rendir al orgulloso conde de Lara. Prisionero este, sus secuaces se humillaron y entregaron las espadas á la escolta real, y todos pidieron á gritos que se conservara la vida al desleal don Alvaro. Los amigos del rey llegaron anhelantes al monarca cuando acababa de dirigir la palabra á don Mendo, y se apresuraron á felicitar al que habia espuesto tantas veces su vida por conservar la de su hermano de armas.

Desde el campamento habia visto don Lope Diaz de Haro trabarse la reñida contienda entre los ginetes leales y el escuadron rebelde, y temeroso del éxito reunió con premura lo mas notable de la caballería, y puesto á su frente corrió á dar socorro al monarca. Avisada la reina ordenó tambien por sí misma la hueste entera, y marchó á lidiar con ella para salvar ó vengar á su hijo. Mas antes de llegar don Lope ya habia concluido el combate, y cuando la reina se adelantaba se halló de vuelta al rey, satisfecho y contento de su primer hecho de armas. Doña Berenguela, enterada de todo cuanto habia ocurrido, abrazó tiernísimamente á su hijo, dió maternales gracias á todos sus acompañantes, y alargó la mano á don Mendo, diciéndole:

—Has peleado como bueno, has vencido al jefe de la rebelion y has defendido al rey. Desde hoy serás su primer escudero y su guarda constante. A tu cuidado le encomiendo, á pesar de tus cortos años.

—Señora, respondió Acuña conmovido, besando la mano de la reina, seré su escudo siempre que el cielo me lo permita.

Y aplicando todos las espuelas á los hijares de los caballos, dieron la vuelta al inmediato campamento, llevando en pos de sí y en medio de la hueste á los recientes prisioneros.



CAPITULO III.

LA APARICION.

Todo se hallaba dispuesto en el campo real para atacar la villa de Herrera al amanecer del 5 de setiembre de 1217, pues aunque don Alvaro y los demas nobles prisioneros habian ordenado que se rindiera y entregara al rey, don Fernando de Lara, que temia la severidad del monarca, se habia negado á verificar la entrega y á someterse á la autoridad soberana. Hallábase instigado ademas por Alfonso IX, que desde Tordesillas le habia escrito prometiéndole socorros y ofreciéndole el gobierno de Castilla; y estos dos motivos le dieron fuerza para desoir los ruegos de don Alvaro y los mandatos del jóven monarca. Por otra parte tenia mas defensores la villa que combatientes eran los que habian de atacarla, y no dudaba el arrojado caudillo salir triunfante é imponer la ley al vencido.

Ya coloreaba el sol las veletas de los campanarios de Calahorra de Buedo, de Zorita y de Ventosa, cuando la hueste real caminó hácia las murallas y torres de la villa rebelde, y ya descendia el astro luminoso hácia la tierra, cuando sonaban las trompas guerreras dando la señal de arremeter. Dispuestas las tropas en órden conveniente y guiadas por sus gefes, corrieron hasta tocar con los muros, y de alli fueron rechazadas varias veces, sin que ni uno solo de los capitanes ni de los soldados lograra poner el pie dentro de la plaza. Un grupo, sin embargo, avanzaba y se sostenia con mas constancia que los restantes, y llegó á penetrar cerca del medio dia en el recinto de una de las torres, que estaba defendida por otra mas alta é interior; grupo que habia escogido sin duda el punto de mayor peligro, por cuanto la que atacaba era la fortaleza principal de toda la poblacion, que impropriamente los de la villa llamaban *castillo*, y que rrealmente era *la torre del homenaje*.

Sin embargo, á pesar de la bravura con que por esta parte se arremetia, trascurrió toda la tarde sin pasar de la primera torre, y ya era cerca del anochecer cuando pudo hacerse pedazos la puerta de la interior, penetrando victoriosamente en ella los valientes que el asalto habian logrado. Al mismo tiempo poco mas ó menos se habia escalado la muralla por distintas partes, los sitiadores avanzaban y se replegaban los sitiados al centro de la villa; en-

:

tregándose á discrecion cuantos eran alcanzados por las tropas fieles.

Al frente del escuadron animoso que habia penetrado en *la torre del homenaje*, iban dos jóvenes valientes, que siempre juntos y siempre reproduciéndose, asi asistian á derribar un trozo de muro, como corrian el adarbe y subian por las escalas, arrollando cuanto á su paso se oponia. Era el uno, que representaba ser el primero, de estatura prócer, de presencia gallarda, de rostro sereno y de sueltos modales; y parecíasele en figura extraordinariamente el segundo, aunque tenia mas bellas formas, mas acabado el semblante y mas dulce y tierna la mirada.

Cerrada ya la noche marchaban todavía los dos gallardos mancebos seguidos de unos pocos hombres de armas por los corredores del castillo, acorralando á sus últimos defensores, cuando don Fernando de Lara, que todo el dia habia estado en los puestos mas comprometidos y que habia ejecutado mil actos heróicos, acudió á detenerles el paso con varios de los suyos. Los jóvenes, hallando un obstáculo imprevisto, embisten con desusado brio, y á la luz del reflejo de las hogueras encendidas en los patios y sobre las ruinas de la torre se lanzan contra sus contrarios como lobos hambrientos sobre una presa. El de Lara resiste, ofende, retrocede, avanza; pero siendo uno contra dos se ve precisado á ceder; ceja, dobla una rodilla, y por fin viene á tierra. El menos considerado de los jóvenes se

lanza sobre el caído y dirige la punta de la espada á la gola que estaba hecha pedazos; mas al bajar el brazo le siente detenido con fuerza, y oye una voz que precipitada le dice:

—Deteneos, caballero, y respetad la vida de mi padre...

El guerrero se detiene, vuelve la cabeza, y ve á su lado una niña como de diez y seis años, de belleza singular, de cuerpo esbelto, de encantadoras formas, que vestida de blanco y dominada por el heróico pensamiento de salvar á su padre, estaba radiante de energía y de fuerza. El soldado retrocede espantado, creyendo tener junto á sí á la reina de los cielos ó á un ángel tutelar del castillo, y tropieza con el compañero, en cuya union había combatido en aquella jornada, quien no menos sorprendido pero mas dueño de sí, le dijo:

—Si, Mendo, respeta la vida del que tienes á tus pies... aunque solo sea porque lo pide su hija... Levántale.

—Señor, espresó Acuña, no hubiera tocado al enemigo de V. A., mediando la indicacion de esta vírgen... pero ahora le levantaré, puesto que lo manda el rey...

—¡El rey! dijo la bella palideciendo repentinamente.

—Si, angelical criatura, contestó el soberano; el rey, que perdona á tu padre, sea quien fuere, en consideracion á tu hermosura...

—Señor, replicó la hermosa poniéndose de rodillas, habeis perdonado á don Fernando de Lara, y su hija Sol rogará al cielo por vos...

Mientras el rey y doña Sol de este modo conversaban, Acuña levantó á don Fernando, que se retiró con su hija sin pronunciar palabra, avergonzado con la generosidad del monarca; y solo aquella dió á éste las gracias con una de esas miradas que penetran el corazon y llegan al alma, diciéndole al mismo tiempo con un acento dulcísimo:

—Yo os guardaré, señor, este prisionero.

El rey y don Mendo quedaron como sin accion durante un minuto; pero recobrado el primero volvió silencioso sus pasos atrás, y recordando cuál era su estado envió emisarios que dieran á conocer su triunfo y la prision de don Fernando de Lara.

En el tiempo en que habian ocurrido estos sucesos, Diaz de Haro, los hermanos Tellez, Perez, Nuño, Lope y Antunez habian batido en todas partes al enemigo, le habian arrinconado y le habian sojuzgado; y estas fueron las nuevas que el rey supo sin haber salido de la torre en que habia aparecido *la hermosa de Lara*.

La aparicion no podia separarse de la imaginacion de don Mendo, vivamente impresionada con la hermosura y la dignidad de doña Sol; y embargadas todas sus potencias y todas sus facultades estaba trastornado y como fuera de sí. El rey, intranquilo tambien pero dominándose, atendia á todo sin

olvidar la vision, y aun alguna vez acogia y desechara sin intervalo una idea, que en seguida se reproducia para desvanecerse otra y otra vez.

Doña Berenguela, que como prudente y piadosa habia estado durante la refriega, ya ordenando los pelotones de peones que se retiraban tímidos, ya alentando á los valientes, ya curando á los heridos, ya rogando á Dios por el éxito de la lucha, se dirigió concludida esta en busca de su hijo, á quien habia visto pelear valerosamente, y de quien con frecuencia recibia noticias y mensajes. En el castillo, pues, se reunieron los reyes y todos los gefes y capitanes del ejército, y á propuesta del monarca se acordó publicar en aquella noche un indulto general para los defensores de Herrera.

Puesto orden en las cosas públicas, don Fernando mandó que compareciesen á su presencia don Alvaro y don Fernando de Lara, y que asistiera tambien doña Sol, y teniéndolos á todos antes sí, por intercesion de Acuña les otorgó el perdon mas completo, dejándoles en libertad con la sola condicion de residir en la ciudad de Burgos. Los dos hermanos, aunque corridos y humillados, se postraron de hinojos, juraron fidelidad al monarca, y ofrecieron salir al dia siguiente para la capital de Castilla. Doña Sol, mas sensible que su padre y que su tio, dió gracias de corazon á los reyes, dirigió su vista á don Mendo en señal de reconocimiento, y se retiró á descansar de las fatigas del dia.



Lo mismo hicieron todos los magnates y soldados que habian concurrido á la faccion , despues de disponer los primeros lo necesario para reparar los daños causados y para atender á las cosas urgentes.



CAPITULO IV.

LOS EMBOZADOS.

Cincuenta y seis días despues de los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo precedente, pasado ya el crepúsculo de la tarde, caminaba por una de las estrechas calles que en Burgos bajaban desde el palacio, situado en donde hoy está la catedral, á la iglesia de San Juan, un hombre envuelto en un manto negro, por bajo del cual se veía de vez en cuando relucir la contera de una luenga espada. Aunque su paso era resuelto, en algunas ocasiones se paraba sin embargo de repente y resguardaba mas y mas su rostro con el embozo, y siempre que pasaba por delante de una de esas imágenes colocadas en la pared que se alumbraban con un tísico farolillo, se observaba un movimiento por dentro del manto como de santiguarse con veneración y respeto.

Habia bajado por las calles que se llamaban del Rey y de don Sancho, y entraba en la solitaria de Saldaña, cuando por la opuesta parte se dirigia hácia un edificio magestuoso y grande, que aislado descollaba en ella, otro hombre igualmente velado el rostro y desfigurado el cuerpo con un traje talar. El primero, mas cauto ó mas receloso, se arrimó al umbral de una puerta que halló al paso; y el segundo, ó porque no viese ó porque le importara menos, se llegó á una ventana baja y estrecha colocada en el ángulo derecho de la fachada, la abrió con llave que llevaba prevenida, y entró volviendo á cerrar inmediatamente. El escondido, con toda diligencia corrió al otro ángulo de la casa, hizo imperceptible seña, y es de presumir que le aguardaban, porque sin dilacion abrieron una puerta secreta perfectamente disimulada en la pared.

La calle volvió á quedar completamente sola, y no seria fácil que el lector supiera lo que ocurrió dentro de aquellas tapias y detrás de aquellos muros si el autor de este escrito no hubiera procurado con esquisito cuidado desenterrar y haber á las manos un carcomido cricon que todos estos sucesos revela; y como el tal autor no quiere guardar secretos ajenos va á contar lo que sabe por una relacion auténtica de aquella era.

El embozado que entró por la ventana se halló en una pieza oscura, y desde ella con auxilio de otra llave y siempre en oscuridad entró en un largo

corredor, á cuyo extremo estaba una escalera por la cual subió ya con alguna precaucion, y al terminarla abrió una reja que daba á un angosto pasadizo, en el que vió salir por debajo de cierta cortina el inquieto reflejo de una luz, y allí fué á donde dirigió los pasos. El que habia llamado y entró por la puerta secreta fué interrogado al momento por una voz temblona y cascada que le dijo:

—Juzgué que no venia su merced, y ya era hora, porque muy pronto me iba á retirar. ¿Quiere su merced llegar á donde desea?

—Buena dueña, contestó el interrogado, quiero ver y hablar á la hermosa de las hermosas, á la mas dulce, bella y tierna de las mugeres.

—Mucho fuego muestra su merced, y le advierto que es necesario apagarle, porque si mi hijita ve á un hombre de repente á su lado, es posible que la cueste la vida. Por esta noche no la hablará el caballero, y la verá únicamente á través de una puerta por los intersticios de un doble tapiz; y cuando yo la persuada de que un rico-hombre, tal como vuesa merced es, la ama, entonces será la ocasion de hablarla, señor don Mendo de Acuña.

—Sea asi; aunque bien sabe Dios el sacrificio que hago con no hablar á la muger sublime que domina en mi corazon y en mis sentidos.

—Venga su merced, que otra vez será mas afortunado.

Y cogiendo, la que por la voz daba indicios de



ser una vieja, la mano del doncel, le llevó por corredores y escaleras diferentes á una estancia, desde la cual podia verse y aun oirse á la persona en cuya busca iba el jóven, dejándole solo en la pieza.

El hombre que sin conductor habia penetrado dentro del edificio, asi que estuvo en el pasadizo por donde vió los resplandores de la luz llegó hasta ella, dió dos golpes muy quedos y pausados, contestaron con otros dos, dió el tercero y la cortina se corrió despues de haberse abierto otra puerta, y por ella pasó su cuerpo el incógnito, volviéndose todo á cerrar como antes habia estado.

Dentro de la pieza, iluminada con una lámpara de bronce que dejaba ver un gabinete reducido y toscamente decorado, aunque conteniendo inmensas riquezas, estaba una deidad, una figura sobrenatural, solo comparable con la idea que el cristianismo hace formar de los serafines, y que embelesaba y embargaba con su presencia. Sus cabellos de un rubio claro, sus ojos azules y transparentes, su ovalado rostro, su blanco cuello y todo su exterior, formaban un ser tan extraordinario como pudiera formarle la fantasía; y de todo ese conjunto se desprendian tal gracia, tal candor y tal atractivo, que solo en un sueño se creeria posible encontrar tamañas perfecciones. El desconocido, que era un jóven de varonil belleza y de faz espresiva, quedó absorto al contemplar la vision que ante su vista surgia, y

no osaba ni desplegar los labios ni dar un paso en la estancia.

La jóven, ruborizada y trémula, con voz entrecortada rompió el silencio, y dirigió al doncel estas palabras:

—Mendo, con tal instancia has deseado hablarme á solas, que esponiendo mi honor te recibo y te escucho.

Algun tanto alentado Acuña al oír el eco de la voz divina de la muger á quien adoraba, dió algunos pasos, y quedándose sin embargo á bastante distancia contestó:

—*Sol de mi vida y luz de mis ojos*, nada espones al tenerme ante tí para repetirte que te adoro, como tantas veces te lo he dicho de palabra en nuestro viage desde las orillas del Pisuerga, y por escrito desde nuestra llegada; pero esto no basta para calmar mis ánsias y satisfacer mi corazon, y vengo á proponerte el medio de dar fin à nuestro apartamiento.

—¿Has hallado alguno, Mendo? preguntó doña Sol vivamente conmovida.

—Si, ídolo mio, con tal de que tu padre no rechace mi peticion. Mi nacimiento es distinguido: mi familia siempre ha gozado de nobles prerogativas: mi fortuna es más que mediana: mi amor á tí es inmenso. Y sin embargo, temo llegarme á tu padre para pedirle el don de que me conceda tu mano.

—Mi padre no se negará á concederla al que le

otorgó la vida en la torre de Herrera, y al que logró del rey su libertad...

—Tu padre, Sol, es uno de los primeros personajes de Castilla, y acaso no me crea digno de ser esposo de la que pudiera aspirar á un trono por su cuna, por su hermosura y por su virtud...

—Mi padre me ama, Mendo, y querrá mi felicidad.

—Mañana mismo rogaré al rey que te pida en matrimonio para mí. Acaso por este medio logre lo que por mí solo es probable que no pudiera conseguir.

—Mendo, hablas con un tono tan triste que me causas miedo.

—Es que la idea de perderte me aterra, porque sin mi *Sol* ho hay cielo ni luz para mí. Yo no tengo mas que un deseo, un querer, un pensar, un Dios, que eres tú. Fuera de tí nada veo grato, nada me recrea, nada me halaga; y si llegara á verme privado de tu cariño moriría sin remedio.

—Mendo mio, no hablemos de la muerte. Trátemos de vivir...

—Para ello es necesario que seamos el uno del otro... y pronto...

—Pues pon por obra tu pensamiento...

—¿Y me prestarás tu ayuda?

—En cuanto yo pueda... Y ahora parte, dulce mitad de mi corazón, no nos sorprenda mi nodriza, á quien he alejado por un momento.

—Adios, pues, objeto en quien cifro mi dicha.

—Adios, esperanza de que pende mi felicidad...
y el cielo favorezca nuestros deseos.

—Asi sea, dijo Acuña, dirigiendo á doña Sol una mirada que la hizo bajar la vista, y retirándose del mismo modo y con las mismas precauciones que habia llegado.

Mientras en la cámara de doña Sol de Lara tenia lugar el diálogo que va referido, en una habitacion inmediata se hallaba detrás de una puerta cubierta con su vetusta alfombra un hombre jóven tambien, que apartando ligera y suavemente la raída tela de lana y seda de mil colores, y aplicando alternativamente el ojo y el oido á los resquicios que dejaban las dos hojas de madera algun tanto carcomidas por el tiempo, no perdió ni uno de los movimientos ni una de las palabras de los dos enamorados. Por la atencion que prestaba, por el estertor de su pecho y por algunos ahogados suspiros que se le escapaban á su pesar, podia advertirse que la escena principal le interesaba sobremanera, y aun que le desagradaba; pero ni hizo un ademan violento, ni lanzó un sonido articulado, ni se despegó del sitio que le servia de observatorio.

Asi que Acuña se separó de su amada, esta se puso de rodillas ante una imágen de la vírgen de los Dolores que pendia de la pared, y sin duda con el pensamiento y el corazon debió dirigir una sentida y tierna plegaria á la madre del Redentor de los

hombres. Su hermosura, extraordinaria siempre, crecía visiblemente á medida que adelantaba en la oracion; su rostro se animaba con un resplandor celestial; su pupila se dilataba de una manera prodigiosa, y todo su ser parecia sobrenatural, célico, bienaventurado.

El curioso observador al principio de la oracion de la bella se agitó convulsamente, despues sintió un estremecimiento general, luego respiró con fuerza, más tarde quedó al parecer tranquilo, y por último dejando el punto de vista que habia tenido por bastante tiempo, cayó de rodillas, y casi entre dientes pronunció estas palabras:

—Han nacido el uno para el otro... Ambos merecen ser felices... Sacrificaré mi primer amor... Los reyes deben dar el ejemplo de todas las virtudes. Yo comenzaré á darle proporcionando á estas criaturas el bien que apetecen...

No habia concluido todavía su soliloquio, cuando la cascada voz de la misma muger que condujo á este personage al cuarto solitario, dijo á su oido:

—Basta por hoy, don Mendo; es tiempo de salir sin perder momento... Sígame vuestra merced.

—Vamos, dueña, y guiadme...

La llamada dueña guió con efectó al jóven hasta la entrada secreta de la casa, y al despedirle le dijo:

—Aviseme con tiempo vuesa merced de sus proyectos.

—Mañana, respondió el desconocido, pedirá el

rey á don Fernando de Lara la mano de su hija Sol para don Mendo de Acuña.

—Su merced es un noble honrado, replicó la anciana, don Mendo.

—Debo desengañosos... no soy don Mendo de Acuña...

Y apenas dijo estas frases partió precipitadamente, dejando á la vieja en la mayor confusion.

Con efecto, como el lector sabe ya, no era don Mendo de Acuña el que habia estado observando en la recámara de la hija de Lara. Era el rey don Fernando III.



CAPITULO V.

POR LA MAÑANA.

En la capilla del real palacio de la capital del reino castellano, se habia dado fin el 4.º de noviembre á los augustos oficios que la Iglesia Católica dedica á la festividad de *Todos los Santos*, y los grandes señores y ricos-homes, despues de haber asistido á la ceremonia religiosa, acudian á ofrecer sus servicios al monarca, segun era uso y costumbre de aquella edad.

El rey don Fernando III habia pasado la anterior noche con bastante desasosiego y con alguna calentura: sus ojos tenian ese cerco negro que produce el dolor; su rostro estaba pálido, y su cuerpo se hallaba al parecer desfallecido; mas siempre superior á las miserias humanas, el príncipe no proferia una queja, no exhalaba un gemido, no hacia un gesto de desagrado.

Los caballeros de la corte y los gefes de las tropas conocieron que el rey padecia, saludaron respetuosamente, y se retiraron tristes: quedando solo Acuña, que al ver doliente á su amado señor estaba traspasado de angustia. El monarca contestó con dulzura al saludo de sus fieles cortesanos, miró con particular predileccion á don Mendo, y viendo en su faz las señales de la pena que le afligia, afable y cariñoso le preguntó:

—¿Qué tienes, hermano mio?

—Señor, balbuceó don Mendo; V. A. debe estar enfermo á lo que deja traslucir en su semblante....

—Sí, hermano, he sufrido bastante en la noche anterior; pero ya me hallo bien, gracias á nuestro Señor Jesucristo y á su santísima Madre, á quienes he dirigido mis oraciones.... Por lo mismo tranquilízate, que mi incomodidad ha sido pasagera, y espero que por la gracia de Dios no se repetirá.

—El oiga á V. A., y me oiga á mí tambien....

—Nos oirá, porque hoy mas que nunca necesito la salud para combatir á los enemigos de su nombre.... Los moros, Mendo, con las disensiones de los monarcas cristianos y con las revueltas de los nobles de Castilla han tomado ánimos, y lejos de respetar el territorio que les ganó mi ilustre abuelo, el vencedor de las Navas, corren hasta las fortalezas de mis estados de San Esteban y San Torcaz. Es preciso por lo mismo escarmentarlos, y para

ello debo ponerme al frente de los guerreros de mi reino.

—Señor, esperad á que pase el invierno...

—Mendo, antes de que llegue, es indispensable que los sectarios de Mahoma aprendan á respetar los pueblos habitados por mis queridos vasallos....

—Contad conmigo, señor, para la empresa....

—¿Nada te detendrá en nuestra patria?....

—Nada, porque será mi patria el lugar en que V. A. se halle.

—Sin embargo, aunque lo disimulas, yo he llegado á sospechar que no partirías en la ocasion presente tan contento como en la anterior jornada....

—¿Sabe acaso V. A.?...

—Todo, Mendo; y en verdad que debiera estar ofendido de tu falta de franqueza...

—Hoy pensaba revelar á mi rey el secreto.... y rogarle que me prestase su ayuda para obtener el bien que apetezco....

—¿Pensabas decirlo hoy, Acuña, porque me necesitas?

—¡Señor! exclamó don Mendo arrojándose á los pies del monarca; no me tache V. A. de ingrato ni de reservado: ese secreto no me pertenecía por entero, y hasta anoche no he podido contar con el consentimiento de mi dama....

—Levántate, hermano mio, dijo el príncipe con

voz conmovida, y explícame para que quieras mi protección.

—Señor, espuso Acuña todavía de rodillas, ruego á V. A. que pida para mí á don Fernando de Lara la mano de su hija doña Sol.

—¿La quieres en matrimonio?

—Será para mí la suprema dicha.

—Alza del suelo.... esta tarde cumpliré tu deseo....

Don Mendo besó los pies del príncipe y se levantó. El rey continuó:

—Marcha en busca del de Lara, y dile de mi órden que don Fernando III quiere hablarle antes del anochecer..... Y de paso deja en el cuarto de mi madre recado de que voy á verla dentro de breves instantes....

—¡La reina!... anunció la voz del servidor que estaba en la antécámara del rey.

Doña Berenguela entró en la cámara, fijó con el interés y el afán mas tiernos la vista en su hijo; y así que observó sus facciones algun tanto animadas, le interrogó con dulzura en esta forma:

—¿Te sientes mejor, hijo mio? Parece que no sufres tanto como al dejar el lecho...

—Madre mia, estoy bien, respondió el monarca; la oracion en la capilla me ha proporcionado notable alivio, y el deseo de ser útil á Mendo me restablecerá muy pronto por completo.

Desde que la reina habia entrado, Acuña se apar-



tó colocándose ya al lado de la puerta por donde debiera salir.

—¿Y en qué has de ser útil á tu compañero de armas? dijo la reina.

—Contribuyendo á su casamiento con el ángel de la casa de Lara.

—¡Con doña Soll!... Me place que asi piense un Acuña.... Y acaso esta boda sea provechosa para la quietud de Castilla... Si lo permites, hijo mio, yo te ayudaré á pedírsela al conde...

—Con el mayor gusto, y os lo agradezco en el alma, madre mía.

Don Mendo besó los pies de la reina en accion de gracias, y pidiendo la vénia de los monarcas se fué á cumplir la órden que le diera su hermano de armas.

Solos don Fernando y doña Berenguela trataron de varios asuntos relativos al gobierno de Castilla; y asi que hubieran acordado lo conveniente sobre los mas urgentes y graves, la reina abrazó á su hijo, le dió paz en el rostro, y se retiró á su gabinete á esperar la hora de la comida. Don Fernando, asi que se halló solo, dejó caer la cabeza sobre el pecho; y sin duda debió ocuparse interiormente de algun punto importante, ya relativo á la gobernacion del Estado, ó ya interesante tan solo á sí mismo.

En los dos meses trascurridos desde que comenzó esta historia, don Fernando y doña Berenguela habian sometido todos los pueblos alzados en rebe-

lion, habian puesto en órden las cosas interiores del reino, y habian procurado templar los injustos enojos de don Alfonso de Leon, mandándole en embajada á los obispos de Burgos y de Avila, á quienes muy pronto esperaban de regreso. Don Fernando, juzgando por su corazon el de su padre, y no queriendo sacar contra él la espada, confiaba que el leones cejaria en sus ilegítimas pretensiones, y solo se ocupaba en disponer lo necesario para hacer un escarmiento en los discípulos del Coran antes de que llegasen las nieves de diciembre. Doña Berenguela, conociendo mejor á su marido, estaba persuadida de que á don Alfonso solo le haria ceder una leccion severa; y como para dársela era preciso un ejército, dejaba que el rey se preparase para la guerra contra los moros reuniendo tropas que pudiesen servir para uno y otro objeto. Asi dispuestas las dos personas que dirigian el Estado castellano, no era difícil prometerse que muy luego comenzaria la guerra, y los que de ella vivian andaban regocijados y contentos.

Don Alvaro y don Fernando de Lara, cada vez mas sentidos de la humillacion que en Herrera sufrieran, guardaban su no depuesto rencor para la primera ocasion que se les deparase; y aunque concurrían á la córte y eran en ella considerados, no podian tolerar que se les tuviera separados del manejo de los negocios públicos. Los dos, durante los primeros años del rey y por disposicion de su pa-

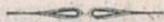
dre, habian mandado en Castilla contra la voluntad de la reina, y los dos habian atesorado riquezas fabulosas; pero no satisfechos jamás ansiaban dominar públicamente y mostrar su poderío. Don Alvaro, mas político aun que su hermano, habia halagado por algunos años la idea de un matrimonio entre el rey y su sobrina doña Sol, matrimonio que solo podria realizarse imponiendo la ley al monarca y desviándole de su prudente y animosa madre.

Todos los personajes principales de aquella época, que figuran en este escrito, tenian por lo mismo su interés particular. Don Alfonso de Leon, el de dar la ley en Castilla; doña Berenguela, el de asegurar la independenciam del reino de su hijo; don Fernando III, el de librar sus estados de las invasiones de los mahometanos; los Laras, el de mandar como dueños, ya sometiendo al rey, ya casándole con su hija y sobrina; y don Mendo y doña Sol, el que tienen todos los amantes, de llegar pronto á la posesion del objeto amado.

Encontrados eran los sentimientos que á estos individuos movian, y de ese encuentro era probable que resultara un choque violento y perjudicial que tornara á envolver en nuevos torbellinos el recién sosegado pueblo castellano. Una sola chispa pudiera bastar para renovar el incendio últimamente apagado, y cualquiera mano imprudente era capaz de aplicar el fuego á aquel combustible tan dis-

puesto y preparado. No fuera por lo mismo extraño que el mensage para don Fernando de Lara, de que era portador don Mendo de Acuña, pudiera servir de fósforo inflamable que hiciera arder y abrasar tanto material hacinado.

Pero el revelar lo que aconteciera en los tiempos posteriores no es propio de este capítulo, y uno separado, ó muchos necesita para darlo á conocer.



CAPITULO VI.

POR LA TARDE.

Doblaban las campanas de la basílica *burgense* á *visperas* de la fiesta de los *difuntos* en el momento en que don Mendo de Acuña con una agitación difícil de describir se personó en el palacio de los Laras, pidiendo en nombre del rey hablar al menor de los dos hermanos. Hallábase este en aquella sazón acompañado de don Alvaro, con quien departía acalóradamente sobre los medios de recuperar la importancia política que habían tenido y de que se encontraban privados, y la conversacion había escitado en demasía á los violentos condes, predisponiéndoles á faltar á sus juramentos por realizar el sueño encantado de toda su vida. Ambos hermanos estaban, pues, encendidos é iracundos, cuando uno de

los pages de la casa anunció el mensage de don Mendo ; pero á pesar de su estado resolvió don Fernando recibir sin demora al enviado de su señor, y mandó que le introdujeran hasta su presencia.

Don Alvaro pasó á otra estancia curioso de saber lo que el monarca de Castilla tuviera que decir á su hermano por medio de un mensajero tal como el mancebo que era portador del encargo.

Este, conducido por el page, llegó cerca del sitio en que el de Lara se encontraba, y habiéndole hecho dos cumplidos saludos le habló así:

—El rey, mi señor, me ha ordenado que venga á vos, don Fernando de Lara, y os diga que quiere hablaros antes del anochecer.

—Decid, Acuña, á don Fernando III, que terminados los *maitines* en la iglesia mayor, el segundo de la casa de Lara comparecerá en el real palacio para oír lo que el monarca se digne decirle.

—Salud á toda la nobilísima familia de Lara, dijo don Mendo inclinándose con el mayor respeto y dirigiéndose á la puerta.

—Salud al bueno, al valiente y al generoso Acuña, dijo don Fernando despidiéndole.

Apenas habia salido don Mendo, volvieron á juntarse los dos hermanos y formaron mil conjeturas sobre el motivo que el rey tuviera para llamar á uno de ellos ; y despues de un breve rato salieron y se fueron al templo, á donde se dirigia la mayor parte de los habitantes de la régia ciudad.



Rezáronse *visperas* y *maitines* en la primitiva catedral de Burgos, y no bien se concluyeron, don Fernando de Lara dirigió sus pasos al palacio y á la estancia del monarca castellano; y así que hubo llegado fué llevado hasta donde se hallaba el egregio jóven, que con aplauso general se llamaba el soberano de Castilla, á cuyo lado estaba la sin par matrona, modelo de madres y madre del rey.

Afable éste y mas regocijado que por la mañana, no obstante conocérsele todavía el insomnio calenturiento de la noche precedente, hizo sentar al de Lara, y con voz dulce é insinuante le dijo:

—Muchas obligaciones tiene la casa de Lara para conmigo, porque la he otorgado mercedes y nada hasta este dia la he exigido; mas hoy tengo que pedirle un don, y espero que me le concederá, aunque es de gran precio.

—V. A. puede significarme su voluntad... contestó don Fernando.

—Sabeis, prosiguió el rey, que tengo por hermano de lactancia y de armas á un gallardo mancebo de nobilísima estirpe, de renombrada alcurnia, y cuyas circunstancias personales enaltecen su nacimiento...

—Presumo, señor, que habla V. A. de don Mendo de Acuña...

—A este hermano deseo elevarle y le elevaré desde mañana á las primeras dignidades del reino; le haré duque para que guie mi hueste, conde para

que me acompañe *cotidianamente*, y consejero para que me aconseje sobre los *fechos* que quisiere *facér*. Además le daré en heredamiento tierras de las de mi corona y una gran parte de las que conquiste durante mi reinado; de modo que en Castilla nadie sea mayor que él ni nadie se halle mas alto... Pero no solo quiero conceder esto á mi hermano; deseo otorgarle otro beneficio mas preciado de él, otro favor de mucha mas estima, y este no puedo yo darle sin vuestro consentimiento, conde de Lara.

—Sin mi consentimiento, señor... ¿Qué puedo yo añadir á tantas mercedes?...

—Teneis una hija que ama á Mendo con pasión, y que de él es amada con delirio... y esta joya, ese *sol* incomparable, quisiera yo que diérais en matrimonio á mi entrañable Acuña.

—¡Mi hija Sol para un Acuña!... tartamudeó lleno de corage el de Lara.

—Si, replicó el príncipe. A ningun caballero de mi reino, á ningun rico-hombre de los estraños, podíais entregarla mejor que á Mendo, el mas bizarro, el mas valiente, el mas digno de todos los hombres que ciñen espada y que calzan espuela.

—Es doña Sol hija de la casa de Lara... y don Mendo es solo Acuña... y por mas que valga su persona, su linage no cuenta los ilustres varones que cuartelaron nuestro escudo.

El rey por medio de un movimiento rápido dió señales de que iba á responder con alguna dureza

al orgulloso conde, y la reina, tomándole la delantera, espuso con intencion marcada:

—Por grande solicita don Mendo de Acuña la honra de enlazarse con doña Sol de Lara, y por ser grande la merced la piden á don Fernando los *soberanos de Castilla*.

Mas repuesto el de Lara, y reprimido cuanto le fué dable, dijo á doña Berenguela:

—Señora, asunto es este que no puedo decidir tan de repente; y yo responderé á los *soberanos de Castilla* asi que haya oido á mi hija y que haya consultado conmigo mismo.

—Está bien, don Fernando, repuso la reina; no es negocio que debe resolverse en el acto el que os proponemos, y podeis oir á doña Sol y consultar vuestro juicio antes de resolver definitivamente.

—Pero el rey os encarga que la resolucion no se dilate en demasía, añadió el príncipe.

—Mi contestacion será tan pronta como la consienta mi deber de padre...

—Pues id con Dios, el de Lara.

—El guarde la vida de los *soberanos de Castilla*.

Y dichas estas palabras saludó y salió de la cámara real.

Asi que dejaron de oirse sus pasos en la estancia inmediata, don Fernando dijo á su madre:

—No quedo satisfecho de la escusa del conde, y temo de su parte cualquiera accion indigna y reprochable.

—Hijo mio, manifestó doña Berenguela, no debes estrañar su sorpresa y su indecision, mucho menos cuando al parecer nada habia sospechado respecto á la inclinacion de doña Sol á Mendo. Su escusa y su reserva son por lo mismo naturales...

—Os aseguro, madre adorada, que el conde ha estado dominado por un pensamiento fatal á la dicha de Acuña.

—No debemos juzgar mal sin tener seguridad, Fernando.

—Suspendere mi juicio; pero no podré desechar la inquietud que se ha albergado en mi corazon.

Daban las campanadas de la oracion de la tarde en este instante, y postrados de rodillas el rey y la reina dirigieron á Dios sus plegarias, separándose luego para atender cada cual á las cosas de su particular devocion.

Don Mendo anheloso esperaba dentro de palacio el resultado de la entrevista de los reyes con don Fernando de Lara, y esperaba asimismo que terminada aquella le manifestara el monarca cuanto hubiere adelantado; pero en vano estuvo en su cuadra aguardando el ruido del silbato de oro que le avisara. Pasó la hora ordinaria, pasó otra mas, y no pudiendo resistir á su deseo llegó hasta la antecámara real, en donde supo que el monarca fatigado con los trabajos del dia habia buscado en el lecho el uecesario descanso.

Acuña contrariado, en sus esperanzas volvió á

su cuadra, se puso un traje talar sobre el comun que llevaba, se dirigió á un extremo del palacio, y por oculto postigo salió á la calle.

En ella le dejaremos, mientras nosotros dámos á la imaginacion el conveniente esparcimiento.



CAPITULO VII.

LOS CONDES DE LARA.

Lleno de ira y echando fuego por los ojos, volvió á su palacio don Fernando de Lara pocos minutos despues de haberse despedido de los reyes, y como le esperase don Alvaro, ganoso de saber lo que el monarca le hubiere dicho, esclamó á su vista:

—Alvaro, es necesario disponer las cosas para dejar á Burgos esta misma noche, si no queremos que sobre el escudo de Lara caiga una mancha que empañe sus brillantes blasones.

—¿Qué sucede? murmuró don Alvaro.

—Que los reyes, los *soberanos de Castilla*, como ellos se han llamado, intentan casar á tu sobrina Sol con el page del rey... don Mendo de Acuña...

—¡Ira de Dios! interrumpió don Alvaro... ¿Se proponen nuestros opresores hacer de doña Sol la

muger de un Acuña, cuando tuviera yo dificultad en que se la diérais al mismo don Fernando III?

—Así lo tenían acordado, y para presentarnos el matrimonio aceptable ofrecen crear al page duque, conde, consejero; tratan de darle en heredamiento cuantiosos bienes, y determinan ponerle, no solo á nivel de los mas altos señores del reino, sino elevado sobre nosotros, que somos los primeros, los *sin-pares* en Castilla...

—Antes rodará por el suelo mi cabeza que consienta tamaña afrenta...

—Mas bien debemos antes hacer rodar por el suelo el trono de ese mancebo, que así amenaza hollar los fueros de los que como él llevan corona en la cabeza, manto sobre los hombros y espada en el cinto.

—Sí, Fernando; es imposible permanecer sumisos ni un solo día... Es necesario que doña Berenguela y su hijo aprendan á respetar á los que mas dignos, aunque menos felices, no pueden decirse *soberanos en Castilla*; pero que lo son realmente *en sus Estados*. Esta noche saldremos de Burgos: Lerma nos dará asilo; nuestros castillos de Salas, de Barbadillo, de Royales y otros mil, secundarán sin demora el alzamiento; y cuando esos soberbios monarcas sepan nuestra resistencia temblarán ante nosotros...

—Conviene no perder momento, Alvaro. Que Fortun vaya ahora mismo á Lerma, que Hernando

salga para Salas, que Nuño marche á Royales, y que en todos los castillos de la comarca al amanecer el dia de mañana nos proclamen los alcaides por únicos *soberanos* de aquellas fortalezas.

—Hagámoslo así; voy á dar las órdenes oportunas y á disponer toda nuestra gente para el viage...

—Mientras tanto hablaré yo á doña Sol, y sabré de ella lo que me importa saber.

—Pues hasta luego, hermano, y no pongas en olvido que dentro de seis horas debemos partir.

—Lo tendré muy presente, y no me haré esperar cuando raye la media noche.

Los dos condes se separaron en cuanto hubieron concertado con precipitacion sus planes. Don Alvaro marchó á disponer todo lo necesario para la rebelion de sus estados y para el viage proyectado, y don Fernãdo se dirigió á los aposentos de su hija, con quien se proponia tener una conversacion interesante.

CAPITULO VIII.

EL PADRE Y LA HIJA.

En un gabinete bastante apartado de la habitación en que don Alvaro y don Fernando habían tenido el coloquio transcrito en el capítulo anterior, rezaban las oraciones por los muertos doña Sol y su nodriza Ana Fernandez, dueña de cincuenta años, de rostro magro y descolorido, de cuerpo pequeño, de apariencia enfermiza, aunque limpia en su traje y cuidada con esmero en su persona. Oraba la primera por todos los que habían dejado este mundo, y principalmente por su madre que abandonó la tierra al darla á luz: oraba la segunda por los suyos que había perdido, y sobre los demás por su hijo, hermano de leche de doña Sol, que el año precedente había recibido la muerte en un encuentro con los moros de la Sierra. Las dos estaban afligidas y

llorosas: pero como la pena de la nodriza era por suceso mas reciente, entre oracion y oracion procuraba consolarla doña Sol.

—Ten mas resignacion, Ana, le decia, y pide al Señor tranquilamente por el eterno descanso de su alma.

—Cómo la he de tener, exclamaba la desventurada madre, si Bernardo era el único bien que poseia en la tierra. Esos perros, que Dios confunda, me han dejado huérfana de esposo y de hijo, y todos los dias de mi vida serán de llanto, si ellos antes no perecen á manos de los cristianos. Pero cómo han de acabar con ellos una reina divorciada, un rey niño, y unos nobles sin conciencia ni ley...

Al hablar asi de doña Berenguela, de don Fernando y de los ricos-homes, Ana se acordaba de lo mucho que habia oido decir á sus señores de la separacion de la reina y de don Alfonso de Leon; de los pocos años que aun contaba el rey, y de la agitacion en que siempre veia á sus amos y á todos los magnates.

Doña Sol, escandalizada de escuchar á la nodriza, le replicó:

—Cuidado, Ana, que tu dolor te hace injusta, y que con esas palabras ofendes las cosas mas respetables que existen en la tierra.

—¿Y qué quereis que diga al ver lo que está pasando en Castilla? Los moros, mala maldicion caiga sobre ellos, se pasean por todas partes: los reyes no

piensan en hacerles la guerra, y los caballeros únicamente se cuidan de molestar á los pobres... Pero recemos, hija mia, que Dios los castigará á todos segun merecen...

Y tornaban á rezar y á llorar, alternando las palabras con los sollozos.

Iba ya trascurrida una gran parte de la prima noche. En el corredor que precedia á la pieza en que se hallaban doña Sol y Ana, sonaron fuertes pasos, y al poco tiempo llamaron á la puerta y entró don Fernando de Lara. Aunque habia procurado dar al semblante un aspecto risueño, sin embargo, la tirantez de los músculos y el color encendido de las mejillas indicaban un sentimiento concentrado de odio ó de furor, y asi que lo observó doña Sol, con esa vista propia de las mugeres y que ningun hombre llega á poseer jamás, le interpeló de esta manera:

—¿Qué teneis, padre mio: os acuita alguna pena?

—Ligeramente he estado indispuesto; pero ya nada me aqueja y deseo que estés tranquila... Ana, entérate por Pelayo de las órdenes que don Alvaro haya dado para el dia de mañana, y asi que os pongais de acuerdo vuelve á este lugar á recibir mis instrucciones.

—Voy á cumplir los mandatos de su señoría: contestó Ana, y salió.

Tan luego como la nodriza volvió las hojas de las maderas que por un lado daban paso á la estan-

cia, don Fernando tomó asiento al lado de su hija, y entre cariñoso y severo la dijo:

—Hija de mi alma, hoy se me ha dirigido una petición estraña y no esperada, y antes de adoptar acerca de ella resolución alguna he querido oírte y consultar tu voluntad.

El rostro hermoso de doña Sol se tiñó de un encarnado fuertísimo; sus miembros comenzaron á temblar, y sus dientes chocaban produciendo un castañeteado continuo.

—Esta misma tarde, prosiguió don Fernando, el rey y la reina han solicitado tu mano para uno de los caballeros de la corte...: y como yo ignorára tu modo de pensar sobre este punto he aplazado la respuesta y vengo á saber de tí cual sería tu gusto.....

La bella niña permaneció callada y con la vista fija en la alfombra.

—No es tiempo, Sol, adelantó el padre, de guardar silencio, porque en esta noche misma debe decidirse punto tan grave, que interesa al honor y al porvenir de nuestra ilustre casa..... Así, hija mía, deseo que me hables con ingenuidad y franqueza..... ¿Te ha requerido alguna vez de amores don Mendo de Acuña?... Responde...

—Si, padre mio.

—¿Y has dado oídos á su pasión?...

—Si, padre y señor.

—¿Y sientes hácia él inclinación?...



—Le amo... murmuró la hermosa con voz apenas perceptible.

—¿Y ese amor se le has manifestado?...

—Le ha conocido y se le he confesado.

—¿Y crees que ese mancebo es digno de tí?

—Tiene un corazón noble, y un valor á toda prueba.

—¿Y su nacimiento?

—Es insigne y distinguido.

—¿De modo que tú serias su esposa si yo lo consintiera?...

Doña Sol callaba, pero instigada por su padre contestó:

—Consideraría una dicha pertenecer á Mendo...

—¿No has pensado que ese consorcio pudiera hallar obstáculos?

—Solo he tenido presente que adoro al de Acuña y que mi padre me adora...

—Pues ese casamiento, Sol, es imposible, dijo don Fernando levantándose y revistiendo su fisonomía de un gesto amenazador.

—¡Imposible! repitió la niña llena de angustia.

—Imposible; porque la heredera de los Laras no puede rebajarse hasta unirse á un simple caballero, repuso el padre.

La joven comenzó á gemir, y padre é hija estuvieron largo rato sin dirigirse una palabra ni una mirada... Mas repuesto aquel, aunque con acento fiero, manifestó:

—Esta noche dejamos á Burgos; dispónte para seguir mi suerte, y no me obligues á valer de la autoridad que el cielo me dió sobre tí y que nadie puede quitarme...

—Señor y padre mio, piedad, exclamó doña Sol arrojándose á los pies del que la diera el sér...

Don Fernando iba á replicar cuando se abrió la puerta; doña Sol se levantó, y Ana acudió atolondrada diciendo:

—¿Hemos de marchar asi de repente y sin preparativo alguno?...

—Se lo acabo de prevenir á mi hija, y no dudo que todo estará dispuesto para cuando el *gallo cante por primera vez*, manifestó el padre.

Las dos mugeres lanzaron un sollozo y se disponian á hablar; pero don Fernando, acudiendo á la salida, les previno con un ademan y les dijo:

—Silencio y obediencia..., porque lo mando yo...

Y sin pronunciar otra palabra desapareció dejando aterradas á la nodriza y á su hija de lactancia.

En aquella hora toda la gente del palacio de Lara estaba en movimiento. Los palafreneros disponian las cabalgaduras; los hombres de armas se ajustaban las que les eran propias; los criados ordenaban cuanto al gobierno de la casa pertenecia, y las sirvientes de doña Sol arreglaban lo que á esta correspondiera.

Los portones, postigos, rejas y ventanas del pa-

lacio se habian cerrado con el mayor cuidado y estaban guardadas por gentes de guerra: todo se ejecutaba en el interior con el mayor sigilo; y don Alvaro, don Fernando y el mayordomo Pelayo acudían á todos lados y en todos estaban presentes.

Muy cerca era ya de la media noche, y asi fuera como dentro del edificio no se oía otro rumor que el del agorero buho ó el perro vigilante, y solo se esperaba para emprender la marcha la señal acordada por los gefes de la casa.

Sonó: montaron á caballo cuantos eran de la jornada, y la cabalgata salió por un porton escusado á una solitaria calle, llevando envueltos en telas los cascos de los trotones para que no se percibiera el ruido de sus pisadas.



CAPITULO IX.

UNA PERSONA CON QUIEN NO SE CONTABA.

Cuando nuestro buen amigo don Mendo de Acuña, pues nos figuramos que el lector le habrá tomado el mismo cariño que nosotros le profesamos, dejó el real palacio, con el disfraz de que hemos dado cuenta y que ya conocemos de la noche anterior, sin titubear y como maquinalmente dirigió sus pasos al magestuoso edificio que estaba habitado por los hermanos de Lara; y como dado el primer paso los demas se hacen fáciles se acercó á las paredes que guardaban el tesoro de su amor.

Veces mil se le vino á las mientes la idea de entrar como veinte y cuatro horas antes entrara, y veces mil la rechazó por no esponer el nombre ó el honor de la que á sus ojos merecia mas consideracion que todo el resto de las mugeres.

Se colocó, pues, en un hueco de la puerta de en frente, quizá la que habia resguardado al rey en la anterior escursion, y clavada la vista en las ventanas del cuarto habitado por doña Sol, soñaba dispierto, creándose cien halagüeñas ilusiones y cien sucesos encantados.

Media hora llevaria de aquella manera cuando percibió el ruido de una reja que se abria en el edificio, y fijando su vista, á pesar de la poca luz observó la salida de un hombre á caballo, que con las mayores precauciones se alejaba, dirigiendo los pasos de su corcel hácia la parte de las afueras de la ciudad. Poco inquietó esta vision á don Mendo, y continuó su solitaria meditacion y su encantado sueño; mas trascurridos algunos minutos sintió el mismo ruido, y observó la salida de otro ginete que marchaba hácia igual sitio que el anterior, y con idénticas precauciones; lo cual ya le llamó la atencion: y luego notó por tercera y cuarta vez las mismas salidas y marchas.

Curioso entonces Acuña y juzgando estraño el caso, siguió detrás del último que habia vomitado la boca de la caverna, que asi parecia en la oscuridad el hueco de la reja de la casa de Lara, y paso tras paso llegó muy pronto á campo abierto, en donde resguardado por la tapia de una huerta vió aparecer al ginete, echar mano á las piernas del caballo y desliarle un pedazo de trapo que rodeaba sus pezuñas y apagaba el sonido de sus cascos.

Pero como el animal relinchára y comenzára á caer una lluvia menuda y fria, no pudo guardar silencio el descabalgado, y creyéndose solo dijo:

—Calla, Merlin, y nõ gastes las fuerzas en aullidos, que si has de ir hasta Salas en tres horas las necesitas todas para el viage... Buena ocurrencia la de mis amos: alzarse de la noche á la mañana con sus castillos contra el rey, sin que nadie sepa la causa... Pues no les anuncio tampoco buen cuerpo á mis señores si con esta noche han de llegar á Lerma... Vamos á caballo, Hernando, y basta de conversacion, que el camino nõ se anda con la lengua.

El que habia hecho este soliloquio montó dando un suspiro; y apenas se vió en la silla arrimó espuelas y desapareció al galope, atravesando los campos que baña el Arlanzon.

Don Mendo, oculto constantemente, oyó sin perder sílaba las que pronunciára el que se habia declarado con el nombre de Hernando, y poniéndosele inmediatamente en las mientes que el motivo de la rebelion pudiera ser la súplica de la mano de doña Sol hecha por los reyes, y adivinando con ese instinto propio del que ama que pudiera perder á su amada, llevándosela en aquella noche á Lerma su padre y su tio, dejó su escondite, tomó una resolucion súbita y se fué sin perder tiempo á verse con don Lope Diaz de Haro.

Estaba acostado el buen caballero cuando le anunciaron la visita del antiguo page del rey, y

como juzgara la comision del monarca, y por lo mismo grave, hizole conducir al lado del lecho, y le interrogó así:

—¿Qué trae á estas horas por mi posada el hermano de armas del rey?

—Don Lope, contestó Acuña, un negocio grave y urgente. Los Laras disponen su salida en esta noche para Lerma, y han despachado criados para todos sus castillos con la orden de que mañana estén en rebelion contra el rey.

—¡Por San Pedro de Cardena! exclamó Diaz de Haro saltando fuera de la cama. ¿Lo sabeis de cierto, don Mendo?

—He oido la historia á uno de los mismos criados que iba á Salas.

—Y ¿sabeis cuándo deben marchar los Laras?

—Presumo que antes de media noche...

—Pues id á reunir cuantos hombres de armas podais, y situaos detrás de las tapias del convento de las Huelgas... Yo haré otro tanto con la gente que allegue y me colocaré mas adelante. Asi que hayan pasado los condes y sus secuaces dad un silbido, y vos por las espaldas y yo por el frente caeremos sobre ellos, y de grado ó por fuerza los volveremos á la ciudad.

—Está bien, don Lope; mas tened sabido que llevan en su compañía á doña Sol..., y que me interesa su existencia.

—Os guardaré esa joya, que sé es para vos de

grande estima... Pero, corred, vive Dios, que el tiempo vuela.

Don Mendo, con efecto, corrió cuanto pudo, reunió á los hermanos Tellez, á don Diego Lopez y á otros doce ricos-homes, y todos armándose de pronto como pudieron y montando en los primeros corceles que hubieron á las manos, fueron á ocupar el sitio que les designára Diaz de Haro. Este, mas presuroso que Acuña, al momento puso en armas la gente de su casa y algunos ballesteros de Antunez que próximos vivian, y á toda rienda los ginetes y corriendo los peones, se fueron á emboscar en una arboleda, entonces situada á un lado de la senda que conducia desde Burgos á Lerma...

Alli aguardaron poco mas de una hora, y ya se empezaban á entumecer los miembros con el agua conjelada que se desprendia de las nubes, cuando apareció la caravana de los Laras, que caminaba á buen paso, pero con poco orden. Los gefes marchaban á la cabeza con seis guerreros; luego iban otros cuatro acompañando á doña Sol, á su nodriza y á una doncella; y detrás cerraba la comitiva Pelayo con ocho hombres armados hasta los dientes.

Ninguno de los viageros soltaba una palabra; todos procuraban resguardarse de la lluvia del mejor modo que les era dado, y todos iban absolutamente descuidados al pasar por enfrente del monasterio insigne, fundado por Alfonso VIII, y que no ha tenido igual en privilegios y prerogativas; pero no bien

se habian alongado un cuarto de tiro de ballesta, sonó un penetrante silbido, y como por ensalmo se vieron acometidos de gente armada, que primero por la espalda y luego por todas partes los envolvian y desarmaban.

Los dos condes y los seis guerreros que les acompañaban en primer término revolviéron al centro en cuanto oyeron la esplosion, y se dirigieron al grupo de doña Sol, pero se hallaron interceptados; y como les cargase por todos lados mucho número de hombres, dieron la voz de *sálvese el que pueda*, y echaron á correr por la campiña á través de los campos y los jarales.

Don Mendo con los Tellez y Lopez acudió á defender á doña Sol y á tomarla bajo su proteccion, y no se cuidó de cerrar el paso á los hermanos; y como Antunez y otros amigos se ocuparon en apresar á Pelayo y á los suyos, tampoco pudieron atender á los que huian. Don Lope, mas tranquilo y sossegado que todos, echó de ver al poco tiempo que los dos únicos personajes de interés se le escapaban, y se fué á darles caza á todo el correr de los trotones.

Doña Sol al principio de la refriega mostró un valor admirable, no obstante la pena que la afligia toda la noche despues de la entrevista con su padre; pero á poco no viendo á este ni á su tio, y juzgando que los dos pudieran haber muerto en el primero ó en el segundo choque, dió un grito pe-

netrante y desgarrador de aquellos que destrozan el pecho y rompen el corazón, y viniera desde el caballo al suelo si don Mendo no la hubiera recibido en sus amantes brazos.

Todo en aquellos momentos era confusión, todo desorden. Alfonso y Suero Tellez amarraban con las bridas de los caballos á Pelayo y consortes; don Mendo y dos amigos se ocupaban de doña Sol; la nodriza lloraba, maldecía y se desesperaba; los prisioneros juraban y votaban, y don Lope y su escuadrón no volvían: de modo que nadie sabía lo que había de hacer, y nadie mandaba ni dirigía... Largo rato continuaron en la misma incertidumbre y en igual ofuscamiento; pero al fin recobrado algún tanto don Mendo y vuelto de su estupor, acordó que los presentes se tornaran á Burgos, dejando en Huelgas dos ginetes que noticiaran á don Lope esta resolución.

Anunciado el pensamiento fué inmediatamente acogido; y atendida en lo posible doña Sol, todavía aletargada, acomodados con seguridad los heridos y prisioneros, colocados los restantes vencidos y vencedores como habían ido, dieron todos rostro hácia la ciudad, á donde llegaron en corto tiempo.



CAPITULO X.

DOÑA LAMBRA IÑIGUEZ DE MENDOZA.

Silenciosas corrían en Burgos las horas de aquella noche que tantos notables acontecimientos produjera, y solitarias se hallaban sus tristes calles *al dar al aire el gallo su último canto*; y no obstante la lluvia que caía, un grupo de gentes á caballo y á pie caminaba hácia el caseron habitado por el que pudiera llamarse gobernador de la ciudad, don Lope Diaz de Haro, puesto que bajo su vigilancia se hallaba la población que albergaba al monarca.

En aquel edificio de granito y de argamasa nadie dormía *desde la segunda parte de las tinieblas*, porque las personas que despues de la salida del dueño habian en él quedado, estaban alerta esperando su vuelta ó sus órdenes; y hasta la esposa de Haro, doña Lambra Iñiguez de Mendoza, se hallaba en

vela, ansiosa por recibir noticias de los que horas antes habian abandonado el lecho y el hogar.

Era doña Lambra persona de cincuenta años, de piedad ilimitada, de agradable rostro, de presencia magestuosa, y de tan sencillo trato que inspiraba confianza é infundia cariño á cuantos á ella se aproximaban. Casada hacia treinta navidades con don Lope, nunca habia tenido hijos, y empleaba sus cuantiosos bienes en socorrer á los necesitados y en proporcionar alivio á los enfermos. Conocia bien don Mendo á esta virtuosa y principalísima señora; y despues de recapacitar por el camino, no dudó un momento en confiarla el cuidado del ángel hermoso, que privado de sentido, y como si fuera un cadáver, llevaba en el arzon delantero de la silla de su caballo, descansando la cabeza yerta sobre su transido pecho. La acerba pena que le consumia no le daba vagar para acordarse del placer de estrechar en sus brazos á la que tanto amaba, y el estado lastimoso de doña Sol le tenia en cuidado y sumido en hondo malestar.

En tan triste disposicion aportó la estraña comitiva á la posada de Diaz de Haro, y alli descabalgaron sin hablar palabra los ginetes, auxiliando á Acuña los dos Tellez, que le ayudaron á trasportar su dulce carga hasta la estancia precedente á al que ocupaba doña Lambra. Percibió la señora el ruido de las armaduras que chocaban unas con otras y creyendo de retorno á su esposo. salió á la pieza

en donde el ruido habia sonado; mas no viéndole preguntó por él azorada, y estuvo intranquila hasta que desvanecieron sus temores. Entonces acudió á la jóven que habia sido depositada en un anchuroso sillón; y conociéndola y enterándose de todo lo ocurrido, prometió á don Mendo que la cuidaria con el mismo esmero que pudiera ser cuidada por su padre y con el cariño que á una hija pudiera concederse.

Retiráronse los circunstantes á sus respectivas moradas, tan luego como obtuvieron el beneplácito de la de Iñiguez; y solo don Mendo permaneció en el lugar en donde falta de todo sentimiento y privada de accion continuaba doña Sol. Los miembros de la doncella estaban agarrotados, sus facciones contraídas, sus ojos sin fijeza, y en su rostro aparecian estensas manchas que empañaban completamente el hermoso colorido habitual de su cútis. La prolongacion del paroxismo y el carácter que presentaba hacian temer que fuera grave, y por lo mismo fué consultado el *físico* Eleazar, judío que pasaba por muy entendido y por sabidor de las cosas que atañian directamente al cuerpo. El hebreo miró á la enferma, la pulsó en las muñecas y en el corazon, consultó las líneas de la mano, examinó los pliegues de la faz, y cerrando violentamente los ojos dijo á doña Lambra en voz baja y pausada:

—El Dios de Abraham y de Jacob tenga piedad de esta nazarena, cuyos dias están contados, y no

llegarán al primer cuarto de la luna de este mes.

—¿Es decir, repuso la señora llena de dolor, que crees su vida en peligro?...

—Creo que su dolencia es mortal, á no salvarla el que en seis dias hizo el cielo y la tierra con todos los elementos y seres que los pueblan.

—¿Y la ciencia humana no conoce remedios para el mal?

—Ninguno.

—Me destrozas el alma, Eleazar, y vas á herir de muerte con tu pronóstico al mas honrado y al mas amante de los hombres...

—El que profesa la ciencia no debe faltar á la verdad...

—Pues disimula, yo te lo ruego, mientras queda tiempo de prevenir á don Mendo de Acuña...

Y diciendo lo que va anotado se fué la esposa de Haro al sitio desde donde retirado el mancebo habia observado, pero no oido, la conversacion del fisico y de la señora; y apenas se acercara la interpeló con estas frases:

—¿Qué es de mi Sol, señora? ¿qué dice Eleazar?...

—Que su dolencia es grave y necesita cuidado, reposo y soledad. Asi, don Mendo, yo os pido que os retireis á descansar, mientras ordeno lo conveniente para el sosiego de la hija de Lara, y mientras proveo al alivio de su enfermedad...

—¿Me enviáis, señora, á descansar, cuando ella padece y cuando acaso su existencia corre pe-

ligro?... Y el cuerpo de Acuña se estremeció ante esta idea.

—Os suplico que me dejéis en libertad de obrar y de atender á lo que os importa á vos como amante, y á mí como señora y cristiana... Retiraos, don Mendo, y volved mas tarde, cuando yo haya colocado en un lecho y propinado los debidos medicamentos á doña Sol.

—Pues lo mandais me retiró de esta sala; pero aguardaré dentro de la casa...

—Está muy cerca el amanecer, Acuña; ved al rey cuando se levante, y tornad despues... Esto os conviene y nos interesa...

La advertencia de doña Lambra hizo pensar á don Mendo que don Fernando III podia ignorar la rebelion de los condes; y acordándose de sus deberes de vasallo y de hermano del príncipe, aunque con violencia se decidió á ir al palacio. Antes, sin embargo, se acercó á doña Sol, la miró de hito en hito, la tomó una mano, se la besó respetuosamente, y volviéndose á la esposa de Haro la rogó de esta manera:

—Cuidad, señora, de la que idolatra mi alma, y haced por ella lo que por vuestro marido hariais... porque de perderla perderé la vida...

—Ejecutaré, contestó la noble matrona, cuanto pudiera ejecutar por un pedazo de mis entrañas...

—El cielo os lo premiará y yo os lo agradeceré... dijo Acuña, y partió acelerado hácia palacio.

CAPITULO XI.

AL RAYAR EL ALBA Y AL CAER LA TARDE.

Los primeros reflejos de luz que penetraron en el régio aposento de don Fernando III, sirviéronle como siempre el 2 de noviembre del año primero que reinó para ponerse las vestiduras; y no viendo al de Acuña en su cámara, segun acostumbraba hallarse, temió que estuviera enfermo y preguntó por él; pero en su dormitorio no se habia descompuesto el lecho, y en el real palacio nadie daba razon de don Mendo. Suspenso quedó el monarca con una tan estraña noticia, y ordenó buscaran por todos lados á su doble hermano; mas al disponerse los criados para practicar el mas escrupuloso registro, apareció aquel en su cuarto cubierto con la armadura llena de sangre y de lodo. Avisáronlo al príncipe, é inmediatamente hizo presentar á su favorecido con

el mismo arnés que llegara, y teniéndole ante sí, sorprendido le dijo:

—¿Qué es eso, Mendo? ¿Qué significa tal armamento á estas horas?

—Significa, señor, que hay rebeldes en los estados de V. A.; y habiendo indicado al rey que convenia que la conversacion fuera reservada, mandó aquel despejar, y prosiguió Acuña:

—Anoche he descubierto una conspiracion, aunque demasiado tarde para atajarla, y solo he conseguido hacerla menos importante... Y don Mendo relató al príncipe cuanto ocurriera en las horas en que la poblacion habia estado entregada al reposo.

Don Fernando reflexionó un momento: en seguida dispuso que salieran exploradores que averiguaran lo que habia sido de don Lope y su gente, y ordenó luego que toda la hueste real estuviera preparada para salir de Burgos á la primera indicacion que recibiera... Hechas estas prevenciones aconsejó á Acuña que se abstuviera de ver á doña Sol, mientras él con doña Berenguela tomaba un partido que estuviera bien á todos... y acto continuo como si nada nuevo aconteciera, pasó á su oratorio, oyó varias misas, oró largo rato por los difuntos, tomó el desayuno, y fué á visitar á su siempre querida y respetada madre.

Con ella se hallaba discutiendo lo que convenia obrar en vista de la conducta traidora de los Laras, y todavía no se habia acordado resolucion al-

guna, cuando llegaron noticias de Diaz de Haro y de su gente por medio de un comisionado que aquel enviaba, manifestando que no le habia sido posible dar alcance á los condes; pero que habia evitado su llegada á Lerma, encerrándolos en el próximo castillo de Muñon, á don urgía que fueran tropas para cortar en su origen el alzamiento. Los monarcas comprendieron la ventaja de aislar en un punto y de ahogar en él la sublevacion, y determinaron que don Fernando saliera inmediatamente á realizar el pensamiento que Haro concibiera.

Don Mendo en el tiempo trascurrido durante estos sucesos fué diez veces en cada hora á saber de doña Sol; rogaba de rodillas y con lágrimas á doña Lambra Iñiguez que la atendiera y tratara como á hija; y observando el interés que señora tan principal se tomaba, y cerciorado de que la de Lara sentia algun alivio, lleno de zozobra y mas muerto que vivo fué á ponerse al lado del rey para asistirle en la empresa de aquel dia.

Aun no habian tañido á *tercia* las campanas de la *capilla mayor*, y ya don Fernando III caminaba por las orillas del Arlanzon en medio de sus banderas, acompañado de Acuña y decidido á dar un asalto en la misma mañana al castillo que encerrara á los rebeldes. Hallábase este, y todavía hoy se distinguen sus gruesos murallones, sobre un cerro de poca elevacion á la parte occidental y como á distancia de una legua de Burgos; pero aunque era de notable

fortaleza encontrábase á la sazón poco abastecido y muy pobre de gente para la defensa. El sol, aunque habia despejado la niebla de la noche, no habia podido vencer el frio, que era por demas intenso y helado; y por esta razon el ejército marchaba en silencio y á buen paso.

Cerca de la hora de *sesta* seria cuando don Fernando y don Lope, ya reunidos, acabaron de disponer lo necesario para el ataque, y sin dilacion emprendieron á viva fuerza la conquista del castillo. Los defensores, aunque pocos en número, se resistieron vigorosamente, hasta que vencidas las puertas de una torre entró don Fernando, puñal en mano, despues de haber roto en el asalto la lanza y la espada. Muñon fué tomado en pocas horas, su guarnicion casi entera pereció resistiendo, y los dos hermanos de Lara fueron capturados con lesiones, aunque no de gravedad, pero sí despues de haber hecho esfuerzos desesperados.

Entre las tropas reales tambien se advirtieron notables bajas, porque la faccion habia sido sangrienta; y una de las que primero se notaron fué la de Acuña, que habia caido en el foso, atravesado el cuerpo de un bote de lanza que le dirigiera el padre de su amada.

Supo con profunda pena el rey el triste estado á que don Mendo estaba reducido, y volando al sitio en que se hallara, procuró por todos los medios posibles la curacion de la herida; pero no sien-

do dable hacerla acertada y segura en el lugar en donde ocurriera, por faltar los recursos necesarios, se acordó la traslacion con el mayor cuidado del dolorido jóven al palacio del monarca, en donde pudiera ser mas y mejor atendido.

Dejada guarnicion en el fuerte tomado, y dispuesto que los prisioneros fueran conducidos á la capital con guarda bastante, todos se pusieron en camino para ella, llegando antes de que el sol traspusiera el horizonte.

Las nuevas de la victoria conseguida por el rey, de la prision y heridas de los Laras, y de la grave dolencia que padecia Acuña, se estendieron inmediatamente por la ciudad; y como en el aposento de don Lope Diaz de Haro se refirieron primero que en parte alguna, corriendo de boca en boca de todos los sirvientes y subalternos, súpolas doña Lambra antes de tener ante su vista á su esposo.

Hacia muy poco tiempo que vuelta en sí doña Sol, aunque en medio de nerviosas convulsiones que apenas tenian interrupcion, lloraba y gemia en los escasos momentos de lucidez que la dejaban sus ataques, pidiendo ver á su padre; y doña Lambra procuraba consolarla, dándola gratas noticias de todas las personas que pudieran interesarla. La prudente matrona asi que supo la prision de los condes y que sus heridas eran poco importantes, hizo saber la primera á la doliente doncella, y encargó á la nodriza que ni un punto se habia separado de su

hija, que la hiciera saber que muy pronto tendria á su lado á su padre. Enterada Ana de la verdad por la relacion de los criados, se la dió á entender á la de Lara.

Pero habia oido Ana tambien la nueva de la herida de don Mendo, y como cándidamente creyera que despues del suceso de la noche anterior doña Sol odiaria al jóven, como ella le odiaba, por haberles atacado en el camino, juzgando hacerla asi un obsequio la dijo:

—Bien podeis animaros y estar alegre, delirio mio, porque mis señores se hallan buenos, y luego los tendreis en vuestra compañía; al paso que el pérfido y mal caballero don Mendo pagará con su vida la alevosía de quererse apoderar de vos á viva fuerza...

—¿Qué dices de Mendo, Ana? interpeló sin grande interés doña Sol.

—Que vuestro padre le ha atravesado el cuerpo, como si fuera un perro de Mahoma.

—¿Le ha hecho daño? preguntó la doncella distraida y casi sin saber de qué hablaba.

—Habrá muerto á estas horas.

—¿Quién? dijo con grave atencion la enferma.

—Ya os lo he dicho... don Mendo.

—¡Ah!... gritó doña Sol con un esfuerzo tal que levantó súbitamente su cuerpo, dejándole caer de nuevo con violencia en el lecho.

El agudo grito de la paciente jóven fué oido por

doña Lambra y Eleazar, que se encontraban en otro aposento cercano; y los dos acudieron veloces y aterrorizados al lado de la que le habia lanzado, temerosos de que con él hubiera hecho saltar su corazón. Y con efecto, la de Lara yacia sin sentido en la postura en que habia caído; en sus labios medio cerrados aparecia una espuma sanguinolenta, su rostro estaba rubicundo, bultuoso, y salpicado de manchas negras y cárdenas, y en todo el conjunto daba el cuerpo señales de una grande y sensible alteracion física incompatible con la existencia.

Eleazar así que vió los signos exteriores ahogó un suspiro que se le escapaba, tomó el brazo de la enferma, le pulsó, aplicó el oído al corazón y la luz encendida á la boca; y dejando caer la cabeza sobre el pecho, con ronco acento dijo:

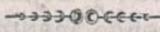
—Todo ha concluido... El Dios de Israel ha llevado á su criatura al limbo de los justos...

—¿Ha muerto?... preguntó angustiada y temblorosa doña Lambra.

—Descansa en el seno del que hizo la luz...

La nodriza, atónita al oír al *físico*, quedó petrificada y en la mayor estupidez: doña Lambra anegada en llanto se postró á los pies del lecho, pidiendo al Señor por el descanso de aquel ángel: los sirvientes de la casa con profundo sentimiento lamentaban la triste suerte de la de Lara; y Eleazar seguía en una contemplacion absorta.

En aquel momento llega á su casa don Lope Diaz de Haro; sabe cuanto en ella ha pasado durante su ausencia, llama á su esposa, y despues de consolarla en lo posible, se quita las armas y marcha á dar cuenta al monarca de la muerte de doña Sol.



CAPITULO XII.

EL LLANTO DEL REY.

Aun permanecia el monarca dando gracias á Dios por el triunfo que obtuviera en Muñon sobre los rebeldes, atencion primera á que acudió despues de su llegada á palacio, y apenas saludara á su madre, y ya pretendia verle don Lope Diaz para hacerle sabedor de que el *Sol de Lara* se habia apagado, y para pedirle órdenes sobre lo que hacerse debiera.

Don Fernando III salió de su oratorio, y al divisar al valeroso defensor de Burgos, alteróse algun tanto y le preguntó con afan:

—¿Ocurre algo que obligue al de Haro á verme á estas horas?

—Señor, contestó el guerrero; nada ocurre interesante al Estado; pero sucede un accidente que me obliga á pedir á V. A. una entrevista reservada de cortos momentos.

El rey hizo señal á cuantos le rodeaban de que despejasen, y solo con don Lope continuó éste:

—Anoche, señor, fué llevada á mi casa por Acuña y los Tellez doña Sol de Lara, en un estado lastimoso de salud; y esta tarde ya al anochecer, despues de un dia de terribles sufrimientos, ha entregado su alma á Dios...

—¿Ha muerto doña Sol? exclamó el príncipe, desencajadas las facciones y saliéndosele los ojos de las órbitas...

—Ha muerto minutos antes de que yo llegara á mi morada...

El monarca cayó de rodillas, se tapó el rostro con las manos, murmuró una oracion, y levantándose repuesto, aunque con visibles muestras de dolor, dijo á don Lope:

—Es necesario que Mendo ignore absolutamente este suceso. Tomad esta misma noche las oportunas providencias para que durante ella quede el cuerpo de la hija de Lara en poder de los monges de San Pedro de Cardena .. Yo cuidaré de que su padre y su tio sepan la noticia cuando estén fuera de mis estados... pues antes de dos horas partirán para las fronteras con la conveniente escolta... Haced con secreto cuanto os he encargado, don Lope, y el rey os lo agradecerá.

—Señor, ahora mismo saldré con todos mis criados para Cardena, y alli entregaré el cadáver de doña Sol, y alli esperaré las órdenes de V. A.

—Id con Dios, Haro, y hacedlo como lo habeis pensado y con la prudencia que os distingue...

—Hasta que V. A. me llame, señor...

Y salió el buen caballero para cumplir los mandatos del soberano.

Asi que partió don Lope, el rey escribió en un pergamino por espacio de cinco minutos, le rolló y selló, y llamó al capitán de su guardia Alvar Meneses, y al capitán de sus ballesteros Pero Antunez. Previno al primero que con escolta corta, pero segura, condujera á don Álvaro y á don Fernando de Lara hasta la frontera mas cercana, en donde les dejará entregándoles el pergamino que ponía en sus manos; debiendo estar todo ejecutado antes de tres dias. Al segundo le reveló la desgracia acaecida en la persona de doña Sol, y le encargó que hiciera entender á todas las gentes de palacio que incurriria en su real desagrado el que hablara de los hermanos de Lara, de su hija ó de sus parientes, ni para bien ni para mal; determinando que bajo ningun concepto supiera don Mendo de Acuña la muerte de su adorada.

Despedidos los capitanes, fué cada cual á ejecutar lo que le incumbia; y antes de una hora los Laras salian de Burgos, acompañados de Meneses y de diez ginetes, y Antunez habia prohibido severamente que de aquellos rebeldes se hablara en el alcázar.

Don Fernando, tan luego como se hubo separa-

do de sus capitanes volvió al oratorio; y puesto de rodillas, abrazándose á un crucifijo, lloró amargamente por largo tiempo, bañando en lágrimas á la divina efigie y dejando escapar estas tristes frases:

— ¡Cuán pronto, Dios mio, habeis privado á la tierra del encanto de esa hermosa criatura!... ¡Cuán pronto hicisteis desaparecer esa flor de suavísimo perfume y de grata y deliciosa fragancia!... ¡Inescrutables son vuestros juicios, grande es vuestra justicia, mas grande es aun vuestra misericordia!... Conceded á doña Sol el eterno descanso á vuestro lado en compañía de los ángeles, y salvad la vida de vuestro siervo y mi hermano Mendo de Acuña.

Calló el monarca, siguió sumido en dolor, y con el llanto todavía en los ojos recitó muy despacio los salmos penitenciales. Al llegar al final del tercero y pronunciar las palabras, *No me abandoneis, Señor; no os aparteis, Dios mio, jamás de mí*, comenzó á tranquilizarse notablemente; y cuando en el sétimo repitió el versículo, *En vos espero, Dios mio: oiga yo cuanto antes aquella voz interior con que manifestais vuestra misericordia á un corazón que ha logrado enternecerse*, sintió el suyo animoso, levantándose á su final sumiso y resignado.



CAPITULO XIII.

LA CONVALECENCIA.

Asistido con fraternal cariño por el príncipe y por la reina madre llevaba don Mendo de Acuña veinte dias de postracion en el lecho, restableciéndose lentamente de la mortal herida que recibiera en el cerco de Muñon, y que le habia tenido mas de una vez á las puertas del sepulcro. El esquisito cuidado del monarca, la atencion esmerada de doña Berenguela, los afanes de los *físicos* Eleazar y Abú Yussuf, y la vigilancia de las personas que inmediatamente servian á don Mendo, pudieron al fin hacer que triunfara la vida en el reñido combate que dentro de su cuerpo habia trabado con la muerte; y la juventud y el amor pudieron tambien tener alguna parte en la salvacion del que tantos peligros corriera y tan milagrosamente los iba venciendo.

Sin embargo, á pesar de que la dolencia del cuerpo se veía sanar y de que la salud se apoderaba poco á poco de aquéllos miembros tantos días inmóviles, don Mendo padecía horriblemente, porque en el tiempo de su enfermedad no había tenido noticia cierta del estado de doña Sol. En vano preguntaba á todos los que le rodeaban, pues solo obtenía contestaciones vagas, como por ejemplo— *que no se hallaba en la capital, que había ido al desierto con su padre y con su tío, que nada se sabía de ella,*—y otras semejantes; y como fácilmente adivinará el lector tales evasivas no podían satisfacer el interés ni calmar la inquietud de un verdadero y finísimo amante. Pero como no obtuviera respuestas mas categóricas, y como llegáran á indicarle que el monarca no consentía hablar en palacio de la familia de los Laras, encerró dentro de sí mismo el ansia abrasadora que le devoraba, anhelando poderse tener en pie para ir en busca de noticias de su amada.

La convalecencia, á pesar de todos los medios adoptados, seguía no obstante despacio y se hacia esperar, y don Mendo sufría los tormentos mas atroces; pero como nada es eterno en este mundo, y como despues del mal suele venir el bien, aunque casi siempre demasiado tardío, llegó el momento en que el enfermo pudo poner su planta en el suelo, cuarenta días despues de aquel en que hubieron depositado su cuerpo en el lecho.

A medida que sentia Acuña recuperar las fuerzas sentia avivarse el deseo de adquirir nuevas de doña Sol; y veces varias, ora impaciente, ora desesperado, habia tenido en los labios una pregunta dirigida al rey, que le trataba con el mas tierno cariño; pero el temor de enojar al principe retenia las palabras, volviéndolas al pecho para destrozarle y herirle en lo mas íntimo de su sentimiento.

Otros veinte dias tuvo aun necesidad el convaleciente de sufrir y resignarse, siendo ya el que se contaba *setenta* desde el asalto de Muñon; y como don Mendo no pudiera resistir por mas tiempo la ignorancia en que le tuvieran respecto á lo que hubiera sucedido á la hermosa de Lara, pidió á los *fisicos* permiso para tomar el aire fuera de palacio al dia siguiente... Eleazar y Abú Yussuf se miraron y haciéndose imperceptible seña prometieron decirle en la visita inmediata si era ó no posible lo que deseaba; tomándose este tiempo para avisar al monarca.

Don Fernando supo la peticion de su hermano de armas, consultó largo tiempo con el judío y el mahometano sobre el estado de su salud; discutió con estos acerca de las consecuencias de hacer saber á don Mendo la muerte de la hija de Lara, y puesto de acuerdo respecto á lo que convenia obrar, se fué á la cuadra de Acuña, y habló así:

—Mañana, Mendo mio, podrás tener un corto esparcimiento en los paseos de Burgos; pero antes



deseo que recibas los Sacramentos, confesando y comulgando conmigo, y oyendo con resignacion cristiana un secreto que á los dos nos interesa...

—Señor; ¿por qué tantas prevenciones?..... repuso don Mendo altamente alarmado.

—Porque asi darias placer á tu hermano de armas, replicó don Fernando.

—Lo haré como lo desea V. A...., mas ¿me espera alguna tribulacion?.....

—Paciencia, Mendo mio, hasta mañana, dijo el rey..., y los dos interlocutores callaron...

El príncipe, pasados algunos minutos de hablar de cosas de la guerra, miró con la afectuosa ternura al restablecido Acuña, y se fué á su aposento.

Don Mendo quedó pensativo y meditabundo; presintiendo una desgracia inmensa é irreparable.



CAPITULO XIV.

LA REVELACION.

Era el 12 de enero de 1218, día de la conmemoracion del tránsito de esta vida á la eterna de San Benito Abad y confesor; y, poco despues de amanecer, en el oratorio privado del real palacio de la capital de Castilla, recibian con visible humildad los Sacramentos de la *Confesion* y *Comunion* el rey don Fernando III y su hermano de armas don Mendo de Acuña. Habíales oído *en el Tribunal de la penitencia* el virtuoso don Mauricio, obispo de Burgos: y prevenido por el monarca se detuvo largamente en advertir á don Mendo sobre la pequeñez de las cosas humanas y sobre la insignificancia de las criaturas ante las disposiciones del Criador, y le exhortó á mirar tranquilamente y con resignacion cristiana todos los infortunios que sobrevénirle pudieran en esta vida.

Acuña, teniendo siempre fija en la mente la conversacion que con el rey pasára en la tarde del dia anterior, y oyendo las advertencias del respetable prelado, quedó convencido de que una gran desgracia debia afligirle; y como para él la mayor que pudiera haberle acontecido era el desamor ó la pérdida de doña Sol, se le ocurrió esta idea, tembló ante ella, perdió el valor, y quedó abatido, apoyándose, para no caer, en las tablas del confesionario. El obispo con afable voz y con sentido acento le confortó, le habló en nombre del Señor, y le consoló; y el penitente, aunque apenado en estremo, se retiró de los pies del penitenciario sumiso á la voluntad de Dios.

En el tiempo que medió entre los dos Sacramentos, don Mendo recapacitó, se afirmó en la idea de que doña Sol no existia, al menos para él, y debió adoptar una decision irrevocable; porque si bien padeciendo horriblemente se acercó contrito y con faz harto serena á la Sagrada mesa, recibiendo con uncion el celestial manjar, *pan de la salud del alma*.

Concluidas las augustas ceremonias del rito romano, que como es sabido habia reemplazado á fines del siglo IX en las iglesias de España al gótico llamado entonces *mozárabe*, se retiraron á la cámara del monarca los dos mancebos: y ya en ella, sentados ambos por mandato de don Fernando, con voz solemne dijo éste á don Mendo:

—Prepárate, hermano mio, para oir una nueva

que llenará de duelo tu corazón..., como ha llenado el mío...

—Estoy preparado, señor, contestó Acuña con un acento ronco y tenebroso.

—La muger hermosa entre las hermosas, replicó el monarca, la vírgen dulce entre las dulces, la doncella tierna entre las tiernas, el *Sol* fulgurante que alumbraba á Castilla, se hundió en la noche eterna, y no tornará á despedir sus brillantes resplandores...

—¿Murió doña Sol?... interrogó don Mendo con un dolor amarguísimo pero comprimido.

—Murió, hermano... Su vida fué un soplo... Su muerte la de una santa... El Señor la tendrá en la mansion de los bienaventurados... Pidámosle que á ella nos conduzca cuando fuere servido...

Acuña permaneció en silencio, y no dió la mas ligera muestra de desesperacion, aunque bien se notáran en su rostro sus agudos padecimientos y sus profundos dolores. El príncipe continuó:

—Dios nos manda respetar sus disposiciones soberanas, y todos los que profesamos la religion del Crucificado estamos obligados á someternos resignadamente á sus justísimas providencias.....

Don Mendo proseguia mudo y sin accion, y el rey adelantaba...

—No es propio de soldados que militan bajo las banderas del Redentor abatirse hasta el desconsuelo ni abandonarse hasta la indiferencia. El buen

cristiano debe sobreponerse á todos los infortunios, ofrecerlos al Señor en expiacion de sus culpas, y seguir el camino de la perfeccion...

Acuña al oir al monarca estos consejos salió de su anonadamiento, y asaz dolorido le dijo:

—Señor, me humillo ante los inescrutables mandatos del Eterno; respeto sus altos juicios; y no me quejaré de las pruebas á que quiera someter esta mezquina y miserable humanidad...; pero permita V. A. que sienta en lo mas íntimo de mi alma la muerte de doña Sol, que era la mitad de mi ser, mi vida toda, mi porvenir entero...

Siéntela, si, hermano mio..., y llora..., que yo tambien he llorado...; porque la amé como tú, Mendo...; la amé con el delirio del primer amor...; la amé con el entusiasmo de nuestra edad...; la amé con la fascinacion que producía su hermosura...; la amé con la adoracion que infundían sus virtudes... y no obstante ahogué mi pasion..., borré de mi pecho la imágen encantadora y adorada..., para que tú poseyeras su cariño..., para que tú fueras venturoso...

—Señor, señor..., tanto sacrificio por mi felicidad..., dijo Mendo, queriendo arrojarse á los pies de don Fernando...

—No á mis pies: vén á mis brazos, hermano mio, manifestó el rey... Ven á mis brazos y lloremos juntos...

Y con efecto, los dos hermanos se abrazaron es-

trechamente, y vertieron el uno en el pecho del otro abundantes lágrimas...

Desahogados así sus corazones, y calmadas algún tanto sus angustias, Acuña dijo al monarca:

—Señor, deseo que me otorgueis el don de recogerme por algunos días en el monasterio de San Pedro de Arlanza, á fin de que pueda hacer la debida penitencia en satisfaccion de mis pecados...

—Recógete en donde sea de tu agrado, Mendo, pero no me prives por mucho tiempo de tu vista...

—Estaré el necesario para purificar mi alma y para vencer mis pasiones...

—Vé con Dios, Acuña, y no olvides que deseo tenerte á mi lado...

Y apretando otra vez á don Mendo sobre su razon le dejó retirar á su estancia.

En la tarde del mismo día, solo, sin armas, y con un traje humilde, salió Acuña para Arlanza con el objeto de hacer penitencia, como se lo habia anunciado por la mañana á su hermano de armas.



CAPITULO XV.

EN SAN PEDRO DE ARLANZA.

Un año habia trascurrido desde las escenas que hemos descrito en el capítulo anterior, y durante él el rey don Fernando III puso en sosiego sus estados, concertó paces con su padre el de Leon, arancó del poder de los moros algunos castillos limítrofes á Toledo, y volvió á invernar á su capital, en donde era querido y estimado como nunca lo habia sido monarca alguno.

La reina doña Berenguela con su prudencia habitual gobernaba á Castilla en todas las ausencias de su hijo, echando los cimientos de un poder firme y duradero, que no estuviera sujeto á los caprichos de los nobles ni á la voluntad de los poderosos.

Los magnates del reino ocupados en la guerra contra los infieles, y temerosos del carácter enérgico del príncipe, estaban obedientes y sumisos, y

no daban muestras de volver á sus constantes rebeliones y á sus pretensiones inconsideradas.

Todo hacia presagiar á Castilla un reinado de prosperidad y de adelantos; y para que nada faltara, la reina, siempre prevenida y amorosa, revolvia en su imaginacion el proyecto de casar á su hijo con una princesa estrangera, recayendo su eleccion en la interesante doña Beatriz, prima del emperador de Alemania Federico II, é hija de Felipe de Suabia, jóven hermosa, modesta y discreta, segun relacion de las personas que la habian visto y tratado en el palacio de su padre.

Corria el mes de enero de 1219, y el dia 12, un año justo desde aquel en que don Fernando habia revelado á don Mendo de Acuña el fallecimiento de doña Sol de Lara, el rey, la reina y toda la córte se hallaban reunidos en Arlanza, en cuyo monasterio de San Pedro se iba á celebrar una solemnidad religiosa de las mas tiernas y edificantes que podian presenciarse en aquella época.

A las diez en punto de la mañana estaban el rey y la reina convenientemente colocados en el altar mayor de la iglesia debajo de un rico dosel de terciopelo carmesí; y á un lado y á otro de la nave principal se habian acomodado los caballeros y ricos-hombres, dejando el centro para los monges, y el resto para el numeroso concurso que habia acudido de todos los pueblos comarcanos y de algunas ciudades del reino.

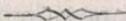
Pocos minutos despues , la comunidad , precedida de cruz, ciriales é incensarios, y revestida con ornamentos sagrados, ocupó el local que la estaba reservado , y sin intervalo comenzó la ceremonia.

Un jóven de aspecto agradable, de hermosas facciones, de rostro bello, aunque desfigurado sin duda con los ayunos y los cilicios , iba á renunciar al siglo, tomando el hábito de San Benito y pronunciando los correspondientes votos. Este jóven debia pertenecer á una familia distinguida y amada de los soberanos, porque solo asi se comprende su asistencia á la profesion religiosa del novicio ; y aun podia presumirse que le dispensara el monarca notables simpatías , porque siempre que éste le miraba aparecia en sus ojos alguna lágrima temblorosa y vergonzante.

La ceremonia siguió su curso ordinario ; y cuando el abad del monasterio exigió al que profesaba los juramentos prevenidos por la regla y las constituciones de la órden , un sentimiento general de atencion se despertó en todos los circunstantes. El novicio contestó al prelado con voz segura ; pronunció los votos con toda decision ; y asi que se vió separado completamente del mundo se postró en las piedras del suelo , y entonó con desusado fervor el *Te Deum laudamos* , ese himno magestuoso, que resuena siempre en lo mas íntimo de cuantos le oyen, levantando su corazon hasta Dios. Asi terminó la notable profesion de este monge , en medio de las ala-

banzas que al Señor dirigieran los monarcas, los próceres, el clero y el pueblo de Castilla.

El profeso se llamó en el claustro *fray Benito de la Penitencia*, y en el siglo se había llamado *don Mendo de Acuña*.



CAPITULO ULTIMO.

EN QUE CON POCAS PALABRAS SE REFIEREN SUCESOS DE
MUCHOS AÑOS.

Treinta y tres han pasado despues que don Men-
do de Acuña hizo su profesion religiosa en el mo-
nasterio de monges benedictinos de San Pedro de
Arlanza, en aquella célebre cartuja, refugio de tan-
tos hombres venerables y panteon de tantos escla-
recidos príncipes y guerreros.

En el trascurso de este largo período han des-
aparecido de la sobrehaz de la tierra casi todos los
personages que figuraron en esta novelesca histo-
rieta.

Don Alvaro de Lara murió desterrado en Uclés,
vistiendo en los últimos momentos el hábito militar
de Santiago.

Su hermano don Fernando falleció en Elvora de

Marruecos, afiliándose en la milicia hospitalaria de San Juan de Jerusalem.

Doña Berenguela habia tambien pagado su tributo á la muerte el dia 8 de noviembre de 1246.

Y por último no existian ya don Lope Diaz de Haro, su esposa doña Lambra, los dos Tellez, Pero Antunez, Diego Lopez y los demas guerreros que en las primeras páginas de este folleto peleaban al lado del jóven que empuñaba el cetro castellano.

Contaba éste á la sazón cincuenta y tres años cumplidos de edad, y llevaba treinta y cinco de reinado; habiendo unido veinte y uno antes á la corona de Castilla la de Leon, y habiendo conquistado de los moros los reinos de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla, no dejándoles mas territorio que el reino de Granada, á quien hizo, sin embargo, pagar tributo, y algunos pueblos de la costa del Andalucía. Habia ordenado las cosas de sus vasallos, poniendo coto á la ambicion de los grandes y satisfaciendo las necesidades de los pueblos. Habia erigido monumentos grandiosos en varias ciudades y levantado multitud de iglesias y de conventos. Habia echado los cimientos de las maravillosas basílicas de Burgos, de Toledo y de Sevilla, que tenia muy adelantadas. Habia creado un alto consejo para discutir los graves negocios del Estado. Y habia por fin proyectado la publicacion de un cuerpo de leyes, por el cual se administrara la justicia y se rigieran sus gobernados.

Tal habia sido el dichoso reinado de aquel monarca, guerrero, artista, piadoso y científico.

Pero habia sonado la hora de sus últimos momentos, y el jueves 30 de mayo de 1252 se hallaba el rey en Sevilla tendido en su lecho sin esperanza alguna de vida. A su alrededor tenia á los hijos de sus dos matrimonios con doña Beatriz de Suabia y doña Juana de Ponthieu; á su cabecera se hallaban su confesor, el obispo de Segovia y su limosnero, fray Benito de la Penitencia, y en el resto de la estancia se encontraban muchos nobles señores y muchos eclesiásticos de dignidad.

El instante tan temido de todos se acercaba: el rey bendijo á su familia, dando escelentes consejos á su sucesor Alfonso X, luego llamado el Sabio, y la hizo retirar; y quedando solo con el clero se levantó, se postró en el suelo, tomó un cirio encendido, y cantando himnos de alabanza al Señor entregó su espíritu.

A la mañana siguiente los servidores de palacio hallaron de rodillas en su estancia al limosnero del monarca, sumido en un profundo sueño; y al intentar despertarle se desplomó, dando con su cabeza en el polvo.

Fray Benito de la Penitencia, antes don Mendo de Acuña, habia dejado de existir en aquella noche.

CONCLUSION.

Ocupaba la cátedra de San Pedro el papa Clemente X, y en el trono de España se sentaba don Carlos II, niño de diez años, siendo gobernadora del reino su madre doña Mariana de Austria, cuando se terminó el espediente de canonización del rey don Fernando III, espidiéndose la bula por la cual se reconocia y declaraba *su santidad* en 1671. Desde entonces es conocido este monarca con el nombre de *San Fernando*, y la iglesia católica y el pueblo español celebran su festividad el día 30 de mayo, aniversario de su tránsito glorioso desde la vida temporal á la eterna.

Por espacio de muchos siglos en la iglesia del monasterio de San Pedro de Arlanza se celebraron, en el mismo día 30, sufragios por el alma del santo, y en el siguiente 31, por el eterno descanso del venerable siervo de Dios fray Benito de la Penitencia.



NO. 1. 524. 807. 111.
EL CASTELLAN DE AMPOSTA

DE LA HISTORIA DE AMPOSTA

EL CASTELLAN DE AMPOSTA.

EL CASTELLAN DE AMPOSTA

MIL Y UNA NOVELAS.

EL CASTELLAN DE AMPOSTA.

EPISODIO NOVELESCO

DE LA HISTORIA DE ARAGON.

POR

DON PIO DE LA SOTA.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.

1855.

MILITARIA

EL CASTELLAN DE AMPOSTA

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA DE AMPOSTA

BOB SIO DE LA SOTA



MADRID

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

EN LA CALLE DE S. JERONIMO, 10

1921

EL CASTELLAN DE AMPOSTA.

CAPITULO I.

LA SUBIDA AL CASTILLO.

Por el estrecho y tortuoso camino de herradura, que siglos hace conducia desde el pueblo de Freginals á la villa de Amposta, en Cataluña, caminaban en una borrascosa tarde del mes de marzo, ya casi al anochecer, dos ginetes, cuyas facciones y miembros se ocultaban completamente debajo de las viseras de los cascos y de las demas piezas de las armaduras, indicando la direccion de los caballos que se proponian llegar á la fuerte plaza colocada sobre la cima del árido y escueto peñasco por donde subian.

Los dos guerreros guardaban el mas absoluto silencio, prosiguiendo su viage uno detrás del otro, ó ya por que el que iba delante mereciera mas res-

peto, ó ya porque la angostura de la senda no consintiera que ambos marcharan de frente y á la par.

En el momento en que esta historia comienza habian traspuesto los caminantes una gran parte de la cuesta que caracoleaba alrededor del peñon, zócalo natural dado por el fundador á la villa, y se acercaban á un derrumbadero casi cortado á pico en la roca sobre el rio Ebro, al frente del cual aparecian los derruidos muros de una arábiga torre estropeada y solitaria, que sin duda habria servido en tiempos anteriores de punto avanzado de defensa ó de atalaya vigilante, y cuyo interior no pisaba ya pie de cristiano, pues la tradicion vulgar referia acerca de aquel sitio los sucesos mas estraños y espantosos.

Rara vez los habitantes de Amposta pasaban, despues de ocultarse el sol, por delante de aquellas tapias sin estremecerse y sentir pavor; y rara vez los villanos se acercaban al desmantelado torreón, prefiriendo unos y otros deslizarse por una peligrosa senda peonil, que mas arriba atravesaba perpendicularmente el terreno intermedio entre las dos secciones de la via comun y trillada.

En la tarde á que hemos hecho retroceder á nuestros lectores habia desaparecido la luz del horizonte: la lluvia caia á torrentes y la nieve alternativamente con ella á grandes copos; y el ruido del viento y de la tempestad era bastante á poner en temor al hombre mas resuelto y animoso. A pe-

sar de esto los dos guerreros continuaban su marcha á paso mesurado sin hablarse palabra, y solo al llegar próximos á la indicada atalaya se paró el que iba detrás y preguntó á su compañero:

—¿Oís, don Hugo?...

—¿Qué he de oír, Garcés?...

—Las voces del moro enterrado en las ruinas...

—Nada adyerto, ni es fácil que advierta lo que dices, porque los sepultados, sean moros ó cristianos, no dan voces sino por permiso especial de Dios.

—Pues este moro sin duda le tiene, señor, porque él todas las noches se hace sentir y deja escuchar sus acentos, y en los días de tormenta se le vé andar alrededor del peñasco dando unos saltos y unos aullidos que asustan.

—La imaginacion de los cobardes y de los malos cristianos es la que produce esos cuentos y esas visiones... Los que adoran á Dios de todo corazón y tienen la conciencia tranquila, ninguno de esos enredos creen, oyen ni ven jamás.

—Pues personas de mucho pelo en pecho y de muy santa vida han visto á ese discípulo de Santanás... Por lo mismo, don Hugo, pasemos al galope, y encomendemos nuestras almas á todos los ángeles del cielo...

El llamado don Hugo, por no atormentar al conocido con el nombre de Garcés, picó al caballo; y con efecto, á larga carrera traspusieron el sitio en que la torre se hallaba, oyendo el primero pronun-

ciar veces ciento al último los nombres de Jesús y de su Santísima Madre. Así que se hubieron alejado algún tanto, don Hugo detuvo el paso de la bestia sobre que cabalgaba, y vuelto á Garcés le dijo:

—Ya has visto que nada nos ha acontecido, y que el moro, si es cierto que esos escombros encierran la sepultura de alguno, no se ha movido de su sepulcro.

—En verdad, señor, que no puedo decir que he visto á ese Lucifer, porque al pasar he cerrado los ojos; pero en cuanto á oír aseguro que le he oído, distinguiendo perfectamente su voz...

—¿Y qué decía, Garcés? replicó don Hugo, proponiéndose divertir el resto de la jornada con la credulidad supersticiosa de su escudero.

—Yo no entiendo la maldecida lengua de esos perros de Mahoma.

—Y la voz ¿qué tal te ha parecido?

—Es bronca, y suena como la de una campana rota.

—¿Nunca te han contado lo que quiere el moro?

—Dicen que desesperado porque el conde don Berenguer III le echó de la villa, y porque la guardan los caballeros del *Hospital*, anda jurando la destrucción del lugar y el esterminio de todos los habitantes, para lo cual espera que vengan los suyos desde Valencia. Mientras tanto mata á cuantos *cruzados blancos* transitan de noche y solos por el lado de su enterramiento...

—Muy viejo debe ser el moro, si es del tiempo del grande don Berenguer; y mucho odio profesa á los *hospitalarios*. Sin duda por venir tú en mi compañía no me ha acometido hoy, no obstante llevar sobre el pecho la insignia de la milicia...

—No sé, señor, si será por esa razón ó por otra: pero lo cierto es que el moro ha declarado la guerra á todos los que siguen las banderas de San Juan...

—Mientras los caballeros las sigan con fé, y observen sus reglas y sus estatutos, puedes estar seguro que no habrán temor á moros vivos ni muertos. Por lo demas no dudes que es una patraña todo cuanto refieren de la torre, del moro y del aparecido...

—Bien se conoce que vuesa merced falta hace muchos años de Amposta, pues de otro modo no hablaría asi, porque sabria el triste fin de frey Angel de Cardona y de frey Armando de Aspa...

—¿Qué ha sucedido á mis *hermanos de órden* frey Angel y frey Armando?

—¿Que volviendo el primero de Tortosa y el segundo de Zaragoza, y los dos de noche y sin compañía, fueron embestidos por el fantasma... y á las mañanas siguientes se les halló en medio de esta senda muertos y hechos sus cuerpos pedazos, como si les hubiesen desgarrado las carnes...

—Algun vivo ó alguna fiera haria esas muertes, Garcés.

—Fué el moro, porque en las dos ocasiones vie-

ron los centinelas desde las murallas las luchas trabadas entre los caballeros y el muerto resucitado...

—¿Nadie salió á socorrer á los desgraciados?

—Nadie se atrevió, porque el moro despedía de su cuerpo llamas espantosas, y luego daba unos rugidos consternadores.

—¡Cobardes!

Aquí llegaban de su conversacion don Hugo y Garcés cuando tocaran la barbacana que precedía á las fortificaciones interiores de la villa, y habiéndose dado á conocer los que pedian entrada, despues de cambiadas algunas señales con los de adentro, se bajó el puente y le atravesaron los viageros, volviéndose á levantar el porton antes de que echaran el rástrillo del muro principal, y quedando luego todo en el mismo estado en que antes estuviera.

Los guerreros asi que pisaron las calles dirigieron los pasos de sus corceles hácia la parte mas elevada de la poblacion, en donde descollaba un gigantesco castillo de parda y berroqueña piedra, en cuyos lienzos apenas se divisaban en la oscuridad de la noche algunas desiguales puertas y ventanas, flanqueadas y defendidas por *cubos* y ángulos salientes cuajados de aspilleras; de modo que era imposible llegarse al edificio sin caer bajo los dardos y armas arrojadizas de los vigilantes que estaban apostados detrás de aquellas almenas y parapetos.

Tan luego como don Hugo y Garcés estuvieron á una distancia desde donde pudieran ser oidos,

aplicó el segundo á su boca el cuello de una trompa de guerra, y produjo dos sonidos agudos, que fueron contestados por otros dos; dió un tercero mas prolongado, á que respondieron con otro igual, y asomando la cabeza á una tronera un hombre completamente armado, se dió del habla con Garcés, é inmediatamente mandó bajar el contra-puente, dejando á los que llamaban franca la entrada, que volvió á cerrarse con el mismo peso de los caballos y de los ginetes.



CAPITULO II.

LA LLEGADA.

En un salon cuadrilongo del castillo de Amposta, cuyas paredes estaban adornadas con arneses diferentes y con armas de todas clases, paseaba á prima noche del 10 de marzo de 1234 un anciano venerable, de luenga barba blanca, de plateados cabellos y de aspecto dulce, pero en cuya mirada podian advertirse el hábito del mando, la resolucion mas decidida y la mas ardiente fé religiosa. Vestia el caballero un traje de guerra del siglo XIII, compuesto de diversas piezas de acero; colgaban de su cintura una espada corta de dos filos y un hacha de regular tamaño, y sobre su cota de mallas tenia puesta una tunicela ó sobrevesta de lana de color rojo, que metida por la cabeza y abierta por los costados caia sobre la espalda y sobre el pecho, en donde estaba cosida una cruz octógona de tela blan-

ca. Tenia descubierta la hermosa cabeza, y los bucles naturales formados por su cabellera le llegaban hasta los hombros, dándole un exterior afable y benigno á la vez que respetuoso é imponente.

Continuaba el guerrero su paseo, recorriendo la anchurosa estancia con pasos reposados, que interrumpia en cada ocasion que sintiera un ruido nuevo; y ya debiera llevar bastante tiempo de aquella manera, por cuanto comenzaba á dar algunas muestras de impaciencia ó desasosiego. Todavía, sin embargo, prosiguió en la misma ocupacion por otro largo rato, y al fin inquieto ya y tomando asiento en un sillón de encina, en cuyo espaldar se distingnían unas armas toscamente talladas, pronunció estas palabras:

—Hoy, segun el aviso que recibí, debiera llegar Hugo; y en verdad que se retrasa demasiado... Diez años de ausencia en la Palestina habrán hecho mella en él, como la han hecho en mí, y es muy posible que no le conociera si le encontrara casualmente... Deseo su venida para descargar sobre sus hombros el peso del gobierno de esta plaza que los míos, débiles ya y cansados no pueden soportar... La noche está espantosa, el agua y el viento luchan en la atmósfera, y juntos y revueltos se derrumban hasta la tierra... Estrañamente agitado me encuentro, y á no tener en Dios la confianza que tengo, y á no saber que Garcés y Fortun acompañan á mi hermano, seria capaz de abrigar en mi pecho los

temores que en noches tales asaltan á los pobres vecinos de estos contornos... Y por cierto que no es infundado su miedo, porque en poco tiempo se han desgraciado dos caballeros de la órden, sin que hasta ahora se haya podido averiguar por qué modo y de qué mano han recibido la muerte... Estos sucesos ocultan algun misterio que es necesario descubrir; y aun para ello es conveniente la llegada de Hugo... Además, yo debo retirarme por el resto de mis dias á hacer penitencia por mis pecados... y sobre todos por el que pesa sobre mi conciencia desde mi juventud.

.....

Gravísima culpa cometí en aquella malhadada noche, y no sé como repararla... ¡Pobre jóven! La dí muerte, porque fué virtuosa... ¡Infeliz esposo! Le privé de sus bienes, porque defendió su honra... Esta maldad, la única que hago memoria haber cometido, no me deja un instante de reposo... Cuarenta años han pasado, y ni un solo dia he vivido tranquilo... El recuerdo de tan perversa accion me persigue, atermentándome á todas horas... No he logrado saber que fué de aquel desventurado y de su hijo, débil infante aun, á quienes arrojé del pais, sin piedad y sin ódio... ¡Infelices! Probablemente perecerian de miseria ó á manos de los soldados á quienes encargué los condujeran fuera de los dominios del pueblo cristiano...

.....

El anciano asi que pronunció su soliloquio que-

ció cabizbajo y abatido... Poco minutos habian pasado de esta suerte, y oyó el primer toque de la guerrera trompa de Garcés, y saliendo de su prostracion se levantó, se dirigió á la puerta del salon, y arrimado á la jamba derecha esperó la apetecida llegada del viagero que no podia tardar en acercársele.

Efectivamente, diez minutos despues de haber percibido los sonidos del marcial instrumento, oyó en el corredor que precedia al salón los pasos de una persona que se aproximaba, y cuyo ruido iba en progresivo aumento; y muy luego distinguí las formas del cuerpo de un hombre, y mas tarde la figura de don Hugo, que con la visera levantada y los brazos abiertos se dirigió precipitadamente hácia el caballero que le aguardaba.

—Martin...

—Hugo...

Estas dos únicas palabras pronunciaron los guerreros, estrechados el pecho del uno contra el del otro, sin que durante algunos instantes pudieran articular otra espresion...; pero, dado lugar al primer impulso de sus amantes corazones, abrazados se entraron en la estancia y juntos tomaron en ella asiento... Repuestos de su natural conmocion, el mayor preguntó al recién venido:

—¿Cómo te ha ido de salud en tan larga marcha?...

—Bien, Martin, pues el Señor Omnipotente me

ha concedido la mas completa, y me ha dado un feliz tránsito por mar y por tierra. Solo desde ayer he sufrido un fuerte temporal de aguas, vientos y nieves...

—¿Y cómo se hallan nuestros *hermanos de orden* en aquellos remotos paises?

—Todos los dias se ven precisados á lidiar para defender á Tolemaida de los ataques de los mahometanos...

—¿Y prospera la noble caballería?

—Cada año aumenta en poder y en influencia...

—Dios premia sin duda sus importantes servicios...

He estado cuidadoso por tí en las últimas horas, porque ocurren algunos sucesos raros..., cuyo descubrimiento pienso encargarte...; pero ahora te ruego que vayas á dar descanso al cuerpo, pues tiempo nos queda de pensar y de tratar del arreglo de los asuntos de este gobierno, para cuyo desempeño yo no basto... Vé, pues, á tomar el lecho, que tienes colocado en la antigua cuadra, en donde pasaste tu niñez...

—Martin, contestó don Hugo, tiempo queda bastante para descansar; además de que á un guerrero cristiano no deben afligirle las fatigas del cuerpo... Antes de separarnos debo noticiarte una nueva que no habrá llegado aun á tus oidos y que te interesa saber... He desembarcado en Peñíscola, único punto de la costa ocupado por los fieles; y desde él

á esta villa por todas partes están en alarma los pueblos que adoran á Jesucristo... El rey de Valencia Zaen ha salido de la capital y se dirige con sus algaras á nuestro territorio, habiendo ofrecido á sus vasallos apoderarse de todos los castillos y plazas que encuentre hasta el Ebro. Con esta intencion acude por tierra con numerosa hueste, y ha ordenado que por mar entren las naves en los Alfaques y en Ampolla, llegando las menores hasta los pies de este promontorio. Las gentes del pais abandonan sus hogares y se proponen hospedarse en la villa antes de que les sorprenda el enemigo...

—Desde mañana, hermano, será provechoso disponer lo necesario para albergar á los refugiados y para defender la plaza; y yo espero que los discipulos del Coran no hollarán con sus plantas los muros de esta católica poblacion. Descansa por lo mismo sosegado esta noche, y cuando el sol alumbre el dia siguiente determinaremos juntos lo que convenga obrar para hacer un escarmiento en los moros... Con el auxilio de un guerrero como tú nada temo..., y estoy seguro de salir vencedor...

—Asi sea, dijo don Hugo, abrazando á su hermano y despidiéndose de él hasta el rayar del alba.

Era el respetable anciano que nuestra atencion ha ocupado frey Martin Armengol de Andos, comendador de la milicia de *San Juan de Acre*, que asi se llamaba en aquellos años la ilustre caballería creada en Jerusalem por Gerardo Tom, y regia y

governaba en España los asuntos de la *lengua* de Aragon y Cataluña; residiendo continuamente desde que volvió de Palestina en la casa-matriz de la milicia, y denominándose *el Castellán de Amposta*, dignidad principal de la *lengua*, y que mas adelante llegó á constituirse en *gran priorato* de la órden. Su ardiente caridad, su celo por la propagacion de la religion cristiana, su amabilidad con los pobres, su cariño con los enfermos y su piedad hasta para con los enemigos, le habian conquistado un respeto profundo, un ascendiente omnímodo y un nombre europeo.

Su hermano don Hugo, á la edad de diez y seis años habia partido para Tolemaida á pasar el noviciado en el *convento general*, en donde estuviera hasta cumplir los veinte y cinco; y habiendo profesado tornaba á la morada paterna á reunirse con el que le sirviera de ayo y director en sus primeros lustros. Los heróicos hechos del jóven religioso, durante su estancia en San Juan de Acre, le habian captado la amistad de todos sus *hermanos* y la benevolencia de los superiores; y apenas hiciera sus votos, el *maestre* y el *capitulo* de la órden de los *hospitalarios* le habian destinado para sucesor de su hermano, cuando muriere, y para su compañero, mientras fuere vivo.

Era este caballero en extremo gentil, de arrogante figura, de pesado brazo, de rostro agraciado, aunque moreno por haberle tostado el sol de Orien-

te; y siempre en los combates con los turcos se le habia visto el primero arrollando delante de sí á los enemigos y dando ejemplo á los amigos.

Frey Martin, tan valiente en el último tercio de su vida como en el anterior, habia contenido veces varias, en union con sus bravos *hermanos* y subalternos, á los adoradores de la media luna, que desde Valencia talaban y saqueaban frecuentemente el pais comprendido entre el Guadalaviar y el Ebro; pero se hallaba viejo y cansado. Un penar secreto le consumia, y era para él un don del cielo la llegada de don Hugo, pues confiaba que la diestra poderosa, robusta y jóven de éste, serviria mejor que la cansada suya para impedir las conquistas de los descendientes de Ismael.

En cuanto se susurraba una invasion agarena, acudian á refugiarse en Amposta los habitantes de los pueblos inmediatos; desde donde puestos en seguridad los ancianos, mugeres y niños, bajaban los hombres capaces de manejar las armas á combatir en el llano con el enemigo, obligándole casi siempre á volver las espaldas.

Era por lo mismo considerado frey Martin como el enviado de Dios para detener los progresos de las armas musulmicas, y en muchas leguas á la redonda se le respetaba como á hombre de raza superior, ante cuya presencia los demas debian doblar su rodilla, y al cual debian rendir homenaje, sin que él consintiera jamás demostracion alguna de

sometimiento ni de inferioridad, por cuya razon era todavía mucho mas estimado y querido.

Gobernaba á la sazón el territorio morisco Valenciano el walí Abu Giomail ben Zeyan, llamado por los cristianos el rey Zaen, uno de los caudillos de la noble stirpe de los Beni Merines; pero que estaba violentamente apoderado del mando, habiéndosele arrebatado al Almohade Cide Muhamad Almanzor y al wali Ceid Abu Zeyd, por lo que necesitaba ejecutar una accion atrevida y realizar un notable hecho de armas que elevára su crédito y enalteciera su nombre.

Conocia aquel walí el inmenso prestigio de los *hospitalarios*, y juzgó que de ningun modo podia hacerse mas popular y mejor quisto de los suyos que arrasando el lugar de su asiento; y asi se propuso una correría talando toda la tierra hasta Amposta y haciéndose dueño del nido formado por los San-Juanistas en la cresta de aquella roca.

Para conseguirlo salió de la capital de su gobierno á principios de marzo de 1234, confiando dar vista á los muros de la *castellania* antes de que finalizára el mes, porque primero le era necesario apoderarse de algunas plazas mas cercanas á Valencia; y llevaba en su compañía un ejército de cuatro mil ginetes y veinte mil peones, á los que se habian de agregar otros cuatro mil hombres que en las naos musulimes debieran tomar tierra bajo los mismos muros de Amposta, llegando

hasta allí en embarcaciones menores que subieran río arriba por los dos brazos, en que antes de sepultar sus aguas en el mar y al pie del peñasco se divide el Ebro.

Don Hugo en la travesía desde Peñiscola había sabido los intentos del wali musulman, y considerando cuanto importaba á su hermano tener noticias positivas de la marcha de los moros, dejó en Uldecona á Fortun, y llegó con Garcés al castillo, ansiando dar á frey Martin la voz de alerta.

Pero como viera la serenidad con que la recibió, y como necesitara reposo, se fué á su aposento, se acostó en el lecho, y se rindió muy pronto al sueño.

Entregado á él le dejarémos, hasta que sea hora de que con otros caballeros visite al dia siguiente los muros de la villa para ordenar lo necesario á su mejor mantenimiento.

CAPITULO III.

EL PACTO.

En una casa de miserable apariencia, sita en una calle estraviada de Amposta, habitaba en la época de que nos vamos ocupando un judío de mediana edad, convertido desde jóven al cristianismo, y que se habia hecho estimar de todo el pueblo, por su celo estremado en la observancia de la religion del Crucificado, por su buen comportamiento público, por su dulzura de carácter y por su vida ejemplar. Llamábase Isacar, cuando aun profesára las creencias de los israelitas, tomando en el acto del bautismo el nombre de José; y atendia al sostenimiento de sus obligaciones con el producto que le daban las obras de sus manos, pues era hábil por demas y esmerado para ejecutar toda clase de labores en piedras, maderas y bronces.

A su lado crecia una jóven de quince mayos,

asidua como su padre en el trabajo, á quien ningun mortal habia tenido la fortuna ó la desgracia de ver el rostro, que siempre llevaba cubierto con espesísimo velo cuando iba á la iglesia, único punto para donde de la casa salia; desfigurándose tambien el cuerpo con un largo manto tupido, que todo le envolvía, y que no consentia siquiera la adivinacion ó figuranza de las formas humanas de la doncella.

Contábase de público entre los mancebos de la villa, que era la jóven un modelo de perfecciones y un acabado serafin; y algunos pasaban grandes ansiedades por verla libre de los paños que la desfiguraban; pero cuantos medios emplearon para lograr su intento fueron insuficientes; y como en la poblacion nadie fuera osado á cometer la menor tropelia, por respeto y por temor á frey Martin, los hombres dudaban si era verdaderamente la misteriosa Violante, que así llamaban á la hija de Isacar ó José, una deidad, ó si por el contrario era, como aseguraban las mugeres, un vestiglo, idea que confirmaba algun varon, quizá ofendido de la inutilidad de sus pesquisas.

Cuidaba el padre á la hija con cariño estremado, y la guardaba con celoso afan, no permitiéndola el menor pasatiempo fuera de su reducida habitacion y de un patiecillo raquítico, en donde con pertinaz porfia se empeñára en formar un jardin, á pesar de que la tierra en demasía ingrata constantemente se negaba á fructificar las semillas que Isacar de-

positara en su seno. Sin embargo, con ímprobo trabajo habia conseguido conservar durante el invierno en preciosas macetas, por él mismo fabricadas, olorosas flores de vista agradable, y habia conseguido dar á aquel reducido é insignificante terreno cierta perspectiva risueña.

Allí pasaba sus días mejores la inocente paloma, casi sin espacio en donde estender sus alas; y allí hora tras hora se entretenia en sus labores, atendia á su lectura de pergaminos escogidos por su padre, y estudiaba las inclinaciones de aquellas plantas, como ella sensibles y como ella puras. Ni un recuerdo doloroso habia alterado los años de la infancia de Violante, ni un triste pensamiento turbaba los primeros de su pubertad; y siempre sola, vigilada por el que le diera el ser, y libre del contacto de parientes y de criados, únicamente sabia del mundo lo que en sus pergaminos habia leído, desconociendo la mayor parte de cuanto pasaba fuera de las paredes de su pobrísimo pero aseado albergue.

Sin embargo, no obstante todas las precauciones de José, y aunque velada la hija con estremado recato, habia esta inflamado violenta y santamente el corazon de uno de los mancebos mas galanes y ricos de la villa, el cual profesaba las armas, quien lleno de constancia la seguia siempre desde la casa á la iglesia y desde la iglesia hasta casa; y como el amor muy pronto logra sus tiros, se habia hecho ca-

bida en el pecho de la doncella, produciendo esa excitacion vaga, ese tedio, ese deseo del alma que lanza hácia un objeto á quien apenas se conoce para buscarle luego en el pensamiento como al través de una nube.

Ni una sola vez se habian visto de cerca los dos enamorados; ni una sola vez habia oido el uno el eco de la voz del otro; y sin embargo, se amaban con ese dulce cariño inocente, tierno, delicado, en el cual no hay una sola partícula de sensual deseo. Violante durante el dia y durante la noche tenia presente á Vicente, pues asi era nombrado el mancebo, y éste solo se ocupaba en procurar los medios de llegar hasta el motivo de su pasion...

Una muger como de cuarenta años atendia á los cuidados interiores mas ordinarios y mecánicos de la casa de José, y acompañaba á la niña cuando por alguna hora se ausentaba casualmente el padre; mas carecia de voz y de oido, siendo sordo-muda de nacimiento, por cuya razon casi de nada sirviera á Violante, y mucho menos para poderla comunicar el nuevo sentimiento que embargaba sus potencias. Asi es que ni Lucía, que tal era el nombre de la criada, podia informar de suceso alguno á su querida señora, ni esta podia hacer entender á Lucía otras cosas que aquellas á que por señas estaban acostumbradas desde la cuna de la mas moza.

José tenia siempre cerrada la puerta de su casa para todo el mundo. Cuando alguien le necesitaba

le recibia en un cuarto, que mas bien era el zaguan del edificio: y ninguna ventana, reja, celosía, ni abertura de él daba á la calle, teniéndolas todas al patiecito convertido en jardin. Nadie habia estado en el interior de aquel recinto, en donde tan rigurosa era la clausura, y nadie podia manifestar lo que hubiera detrás de la única puerta que desde el zagun comunicaba con las restantes piezas.

Este apartamento de la familia de Isacar del trato de todas las gentes, la severidad con que resguardaba á su hija y ocultaba su vivienda, y la palidez que en ciertas épocas y durante dias se advertia en su semblante, habian motivado en algunos tiempos chismosas hablillas, y fueron causa de murmuraciones poco piadosas; pero como los habitantes de aquella morada impenetrable observaran exteriormente con el mayor escrúpulo los preceptos de la ley de Jesucristo, y obedecieran con toda sumision las órdenes de los señores temporales de la villa, frey Martin les habia protegido contra las malas voluntades de algunos de sus convecinos, prohibiendo con rigor que se les diera molestia, y esto hizo que todos callaran por entonces, que luego se habituaron á las rarezas del converso, y que por fin le estimasen por sus buenas prendas,

Ninguno en la villa sabia cuál fuera el lugar del nacimiento de José; ninguno conocia su procedencia. En edad temprana llegara á Amposta recomendado á un israelita, en el pueblo avecindado como

lo habian estado sus ascendientes desde el tiempo de la reconquista, y de éste recibió los conocimientos que en su oficio tenia, y de él recibió en herencia la casa que habitaba. El protector de José, llamado Zabulon, habia permanecido fiel á la ley de Moisés, y en ella educó á su discípulo; pero, muerto aquel y enamorado éste á los diez y ocho años de una cristiana, abjuró la religion de los hebreos, pidió el bautismo, y al casarse hizo pública protesta-cion de las doctrinas de la del Salvador del mundo.

La muger de José, virtuosa y amante de su marido por el corto tiempo de su vida, la perdió al dar á luz á Violante, y desde entonces reconcentró Isacar en este único objeto todos los afectos y todos los placeres de su corazon.

Tan presto como era de noche en toda estacion, hacia José recoger á su hija y á la criada; y cerrando con llave la puerta de la estancia, y apagando las luces, se entraba en su cuarto, situado en lo mas interior de la casa; y de allí no salia hasta el dia siguiente.

Veces varias habia creido Violante percibir en horas avanzadas algun ruido estraño hácia la habitacion de José, y veces varias en la entrevista de la mañana le habia preguntado sobre aquellos rumores; mas José se reia de las visiones de Violante, y la tranquilizaba manifestándole que tales ruidos eran creaciones de su fantástica imaginacion...

En la noche, sin embargo, en que han comen-

zado los sucesos que en esta historia se refieren, juzgó la jóven percibir golpes, se le figuró oír sollozos, y aun creyó distinguir la voz de su padre que sostenia un vivo altercado con otra voz desconocida; y temerosa de que aquel hubiera enfermado, y movida por la curiosidad, se alzó del lecho y se aproximó á la puerta con ánimo de llamar á gritos; pero al llegar á la cerradura tocó que no estaba echada la llave, abrió la madera, y se fué hasta tropezar con el marco de la puerta que daba entrada al dormitorio de Isácar.

A medida que adelantaba en el camino, se convencía la doncella de que su padre hablaba con alguna otra persona, y llegando á la habitacion observó que con efecto eran dos diferentes los acentos, uno desconocido y otro el de José, asi como oyó preguntar al incógnito:

—¿Nadie conoce la senda por donde me has traído?

—Nadie, Ibrahim: ella es tan antigua como la poblacion; y desde que los cristianos se posesionaron de la villa, la ocultaron mis ascendientes para vengarse algun dia de sus dominadores... Asi que el walí se acerque con su gente me das aviso, y de noche, en las horas altas, facilitaré la entrada *por el subterráneo* á cuantos moros basten para apoderarse del lugar, pues ya te he dicho que hace años tengo decidido acabar con sus moradores, y especialmente con los gefes de esa milicia aborrecida... Ahora

vuélvete por donde has venido, y da cuenta de lo que te he dicho á nuestro amo comun Sir Ben-Abdalah.

—Me voy satisfecho, Isacar; y en el ódio que profesas á los secuaces de *Jesus Nazareno* confiamos los *nazaritas* para hacer nuestra esta mansion tan fatal á las armas de los *muzlimes*... Además cuenta con un regalo de mil piezas de oro, acuñadas por Abdelaziz El-Manzour, con las cuales serás rico toda la vida.

—No necesito promesas de oro, Ibrahim; me basta la promesa de sangre que tengo jurada á mi padre... Sin embargo, acepto... y es pacto hecho.

—Alah te guarde, y condúceme, Isacar... Volveré mañana del mismo modo y con el mismo disfraz...

—El Dios de Israel te acompañe... Sígueme, y vuelve así que el cielo brille otra vez con nuevas estrellas...

Violante advirtió que pronunciadas estas palabras los pasos se alejaban, sin poder presumir por donde, ni hácia qué punto.

El final de la conversacion, que habia escuchado la doncella, bastó para darla á conocer que su padre era *judío* de corazon, que aborrecia á los cristianos, y que se habia comprometido con el extranjero á facilitar la entrada de los moros en la villa, y tambien bastó para hacerla saber que por la casa podia irse á un subterráneo transitable, cuyo paradero no era sabido de los vecinos del pueblo.

Inmóvil con la sorpresa, y profundamente afectada con las ideas que surgian en su cabeza, permaneció la jóven largo tiempo, apoyada en la pared del cuarto de su padre, y despues de una hora tornó aquel y dijo:

—Se acerca el dia de acabar con toda la raza de los que mataron á mi madre y robaron los caudales de mi padre... Prometí á éste que le daria venganza, y se la voy á proporcionar cumplida... pues hasta hoy, á pesar de tantos años, solo he tenido ocasion de ejercitarla en sugetos determinados... ¡Oh! no ha pasado un dia desde que mi padre me contó aquella horrible historia, sin que haya hecho algo por llegar á satisfacer su mandato. Me dijo que el gefe era un *cruzado de los hospitalarios*, y he dado muerte á dos... Me previno que acabara con los habitantes de Amposta, y tengo dispuesto su esterminio... Me ordenó que demoliera esta villa, y no quedará en ella piedra sobre piedra... Y sin embargo, no sé quién fué el asesino de mi madre; no sé quién fué el despojador de mi padre... Si lo supiera le haria pedazos entre mis manos... ¡Los necios juzgan que de la torre arruinada sale un fantasma ó la sombra de un muerto!... ¡Insensatos!... Quien sale es Isaac con su disfraz blanco... Quien dió la muerte á frey Angel de Cardona y á frey Armando de Aspa fué el *judío*, que tiene prometido no dejar con vida á uno solo de los hombres que visten ese hábito fatal; porque uno de ellos puso fin á la vida de la vir-

tuosa muger que á él se la dió, y causó la pobreza y la miseria del que le engendró... Treinta y cuatro años hace que mi padre me reveló el secreto de sus amarguras, y durante treinta y cuatro años maduro el proyecto de venganza, no habiéndole olvidado sino por el tiempo que vivió mi hermosa Beatriz... Mas puesto que se aproxima el momento tan deseado vamos á esperarle con el posible descanso, entregándonos al sueño...

Y con efecto, Isacar debió tenderse en su lecho.

La infeliz doncella, aterida de frio y estremecida de horror, volvió á su aposento, se acostó temblorosa y convulsa, y allí afligida con el descubrimiento que involuntariamente habia hecho, dióse á pensar sobre su porvenir, sobre el de su padre y sobre lo que acontecer pudiera á la persona cuya imagen tenia grabada en su corazon.

Las horas pasaron y la mañana llegó antes de que Violante hubiera cerrado los párpados de sus hermosos ojos; no habiendo cesado de revolver en su imaginacion los mas atrevidos proyectos, sin tomar definitivamente resolucion alguna, aunque se inclinaba á libertar la poblacion de las desgracias que su padre la deparaba. Inquieta y sobresaltada ansiaba que la luz viniera hasta su cuarto para respirar con mas libertad y para ver á Lucía, pues las tinieblas y el silencio la daban miedo y la infundian pavor.

El dia llegó; Isacar, segun costumbre, abrió la puerta del aposento de Violante, y tan preocupado

se encontraba que ni siquiera notó que la llave no habia dado la vuelta necesaria para levantar el pestillo; y penetrando en el cuarto besó á su hija, la pidió que se levantara, y se fué á esperarla en la inmediata pieza, en donde todos los dias se reunian para tomar el desayuno.

La jóven se vistió con la ayuda de Lucía; salió de ella acompañada hasta el sitio en que se hallaba su padre, le tomó la mano, la llevó á sus labios y le miró con cuidado, con prevencion y con cariño, observando la palidez de su rostro. El padre tambien notó la alteracion del semblante de la hija, y uno y otro se preguntaron por su salud, y sabiendo que nada tenian ni les affigia, atribuyeron á diversas causas el estraño color de sus megillas.

Lucía interrumpió á poco rato el diálogo suministrándoles el primer alimento de aquel dia.



CAPITULO IV.

LA VISITA.

Apenas el sol alumbrara la tierra el 11 de marzo del año en que tienen lugar los acontecimientos que se cuentan, montaron á caballo en el patio del castillo frey Martin y don Hugo de Andos con algunos caballeros, prometiéndose recorrer en aquella mañana las inmediaciones de la plaza, y visitar los puntos fortificados de la misma, para reparar lo que de reparo necesitase, y para hacer de nuevo lo que se creyere útil á la mejor defensa de la villa y de su territorio.

Habia cesado la lluvia, la nieve y el viento de la anterior noche, pero el piso estaba mojado y la mañana fria; y asi es que comenzaron por inspeccionar los muros de la poblacion y todas sus obras, hallándolas en el mejor estado, pues frey Martin de continuo las atendia y las mejoraba; de modo que

sólo acordaron practicar algunos aumentos parciales de los terraplenes, alguna escavacion insignificante en los fosos, y algunas aberturas de troneras en puntos en que no las habia.

Hácia la hora de media mañana dejaron los guerros las murallas, y unas veces á caballo y otras á pie recorrieron todo el peñon desde la cima hasta los cimientos; y asi que concluyeron determinaron quitar el puente de barcas que habia sobre el Ebro, colocar en sus dos brazos estacas que impidieran la subida de las embarcaciones desde el mar, y construir algunos fortines en distintos puntos de la cuesta: siendo todos de unánime parecer respecto á la reconstruccion de la torre llamada *del Moro*, cuya fortaleza era bastante para detener á los que por el camino intentáran asaltar el lugar.

Ofreciase, sin embargo, la dificultad de que no se encontrarian muchos soldados que tomáran á su cargo la reedificacion de aquel fuerte, y el guarnecerle despues de reedificado, por el temor que inspiraba el sitio y por las consejas que acerca de su interior se referian; mas para obviar tales inconvenientes don Hugo propuso que los caballeros trabajáran en la fortificacion como artesanos y que la defendieran luégo como soldados, ofreciéndose á servir en la torre todo el tiempo del asedio y á no entregarla á los moros mientras él estuviera con vida; parecer que acomodó á los oyentes, manifes-

tándose varios dispuestos á hacer compañía al galardo guerrero.

Para comenzar cuanto antes lo acordado, estimaron los caballeros oportuno examinar el interior de las ruinas, y con este objeto descabalaron don Hugo y otros tres *hospitalarios*, penetrando por una gran abertura que en uno de los lienzos de la pared se encontraba y que era practicable. Al instante de poner en ella el pie conoció don Hugo que hiciera poco tiempo que dentro de aquellas tapias habian andado vivientes racionales, porque vió en la tierra húmeda del pavimento marcadas las señales de las pisadas de hombres; debiendo ser mas de uno, pues las habia de dos tamaños diferentes. El interior de aquel primer espacio era pequeño; pero un gran hueco, que en algun tiempo lo seria de puerta dejaba paso á otra estancia mas ancha; y hasta allí llegaban las marcas, cesando en el suelo junto á una enorme peña, encima de la cual debieron sentarse los que recientemente habian estado dentro de aquel escondite.

No dudaron los cuatro jóvenes que el sitio en que se hallaban servia de refugio á bipédos de carne y hueso, y no á sombras fantásticas; y despues de ligera discusion se inclinaron á creer que aquellos escombros abrigaban de noche algunos malhechores, los cuales habrian dado la muerte á los freires Cardona y Aspa, cogiéndoles solos y desprevenidos.

Así que se hicieron cargo del interior formaron su plan y salieron á unirse con los que esperaban fuera, comunicándoles cuanto habian visto y cuanto habian pensado; y juntos todos volviéronse á la villa despues del mediodía, en donde resolvieron celebrar un consejo en la misma tarde.

Frey Martin y don Hugo se despidieron de los caballeros, y quedando solos dijo el último al primero:

—Hermano, al visitar las ruinas *de la torre del Moro* he juzgado que de noche sirven de asilo á bandidos; y para averiguarlo es preciso que hoy mismo, tan pronto como la tierra se suma en las tinieblas, vaya yo acompañado de algunos amigos de confianza á reconocer aquellos lugares...

—Enbuenhora, contestó frey Martin, escoge los que sean de tu gusto, y así que desaparezca el día puedes obrar como tu prudencia te aconseje... Mas te encargo las debidas precauciones para que no sufras daño...

—No temas, pues muchas veces he penetrado solo en el campo de los turcos para sorprender sus proyectos de ataque cuando se hallaban sobre Sauria...; y no pienso que sea mas peligrósa la expedicion que trato de acometer.

Confiado frey Martin en la esperiencia y en el valor de don Hugo no hizo observacion alguna, y esperó tranquilo la hora del consejo...

Reuniéronse en él los caballeros profesos y le-

gos residentes en Amposta: deliberaron con tranquila calma sobre los puntos que les ocurrieron importantes á la conservacion de la villa: ordenaron lo conveniente para hospedar á los fugitivos que comenzaban á llegar: establecieron almacenes públicos, casas de auxilios, hornos generales, comidas comunes; y dispusieron cuanto consideraron suficiente para atender á la defensa del pueblo y á la manutencion, ayuda y socorro de las muchas gentes que aquella habria de contener, quizá por algunos dias.

Arregladas estas cosas, don Hugo eligió seis compañeros jóvenes, valientes y libres de supersticiosas preocupaciones, con los cuales, bien armados y á pie, se proponia indagar qué personas habitaban dentro de la torre despues de estenderse sobre la tierra el negro manto de las sombras. Los guerreros elegidos acogieron con entusiasmo la idea de su amigo y segundo gefe, y fueron á disponerse para la inmediata jornada.

.....

— Era ya la hora de la oracion de la tarde, y los caballeros que habian de acompañar á don Hugo acudian al castillo en su busca. La noche se venia presurosa, y anunciaba ser igual al dia, seca y helada; y como no era tiempo de luna prometia la mas completa oscuridad. Reunidos los aventureros esperaron á que ninguna claridad se percibiera, y tan luego como creyeron el momento oportuno cu-

brieron sus armaduras y sus armas, envolviéndose en largos mantos negros, y abandonaron primero el castillo y luego la plaza, saliendo por un portillo poco frecuentado, desde donde se fueron á emboscar en las peñas que circundaban las ruinas, colocándose inmediatos los unos de los otros para no ser sorprendidos.

De este modo ocultos y resguardados estuvieron por dos horas; y ya alguno comenzaba á creer inútil la vela, cuando el que mas próximo se hallaba de don Hugo vió aparecerse en la grieta que servía de entrada á la torre un bulto completamente blanco, que solo podia distinguirse en la oscuridad por la luz extraordinaria que despedía un agujero abierto al extremo del capuz que cubria la parte superior de la figura. La luz en lo general tenia un color encarnado fuerte, era de un gran tamaño, y giraba en derredor; ostentándose ya amarilla, ya verde, ya azul; y produciendo mil formas caprichosas, fantásticas, endemoniadas. Era el bulto de colosal estatura; se movia con desembarazo á uno y otro lado; y á cada movimiento proyectaba su sombra sobre el peñon, produciendo un mónstruo descomunal y enorme. Capaz era esta vision de imponer al mas osado; y asi que acabó de aparecer dió una vuelta en redondo; miró á todos lados; se paró como á escuchar; y muy luego lanzó al aire dos rugidos atronadores, huecos, espantosos.

Pocos minutos pasaron de esta suerte. El fan-

tasma permanecía quieto en medio de la senda: mas luego hácia él fué llegando otro bulto pequeño y negro, que se arrastraba por el suelo como una serpiente, y que á pocos pasos del primero creció paulatinamente, elevándose hasta una altura media, que solo llegaba á los dos tercios del de la vestimenta blanca. Asi que los dos bultos se hicieron imperceptible seña, se dirigieron á la abertura de la pared, y uno despues de otro se sepultaron en los profundos, no dejando tras sí resto de luz ni de señal.

Los caballeros habian visto desde su escondrijo las escenas anteriores, y en voz baja y al oido se dieron la órden de cercar las ruinas, de quedarse cuatro fuera de ellas, y de penetrar los restantes en el interior; y adoptada la idea, desenvainaron las espadas, y con cauteloso paso se fueron hasta las tapias, ejecutando cuanto habian pensado.

Don Hugo y otros dos se introdujeron en la torre y la recorrieron toda ella, en todos sus ángulos, pasmados de no hallar bulto, ni luz, ni rastro de la vision; pero no satisfechos con su primer examen volvieron á tocar en todas partes, removiendo cuanto tropezaban y asomándose á todos los puntos en donde hallaban un espacio. El segundo reconocimiento fué tan infructuoso como el primero, y don Hugo y sus amigos se dieron á meditar sobre lo que pudiera encerrar aquel misterio.

De pronto se ocurrió al caballero una idea que



participó á sus compañeros, y fué la de que allí debiera ocultarse la entrada de alguna cueva; pero no queriendo proceder en nada sin acuerdo de los demás, salió fuera y consultó su sospecha, y los otros fueron de opinion de practicar el mas cuidadoso registro, para lo que consideraron conveniente entrarse en el torreón, poniéndolo inmediatamente por obra.

Comenzaron por separar los escombros, por reconocer las hendiduras, por buscar los agujeros, y así continuaron por mucho tiempo inutilmente; pero al fin tropezó uno de los caballeros con la gran piedra del segundo departamento, y le pareció que se movia, y empezó á forcejear para levantarla, aunque todo sin resultado. Sin embargo, los exploradores se fijaron en aquel punto, y dedicándose á la vez con sus fuerzas unidas á desviar á un lado el pedrusco, á los cuatro ó cinco empujes se oyó un estallido como el que produce el rompimiento de un grueso hierro, y giró la peña sobre sí misma, dejando tocar un hueco por donde podia introducirse con holgura un hombre.

Ya se habia dado con el secreto; ya estaba abierto el camino; pero ocurría el inconveniente de que ninguno de los presentes le conocia ni sabia á que parage llegaba. A pesar de este obstáculo los jóvenes se animaron, pusieron su confianza en Dios, y decidieron quedarse tres en la torre, marchando los cuatro restantes por aquel ignoto subterráneo hasta



dar con la causa de la maravillosa aparición que á su vista se habia presentado.

Decidido de esta manera, don Hugo y los que con él iban á sepultarse en las entrañas de la tierra dijeron el acto de contrición, y serenos y sin miedo se hundieron uno á uno por la boca de la cavernosa vía.

A las pocas líneas de ella tomaba ensanche visiblemente el camino, dejando lugar para un hombre puesto en pie, y á los cuatro ó cinco pasos, y cuando todavía la cabeza se veía fuera del brocal, se encontraba un espacio desahogado, siendo desde él fácil el tránsito por una especie de galería, que debiera estar abierta en la roca, lo cual advirtieron los expedicionarios andando á tientas y tocando con las manos en todos los costados de aquella singular estancia.

Puestos en ella reconocieron minuciosamente si habia otra senda que de allí partiera, y no hallando muestra de ninguna se entraron por la mina, que desde su principio se hallaba en pendiente, de modo que era necesario ir subiendo; pero en la cual cabían tres personas de frente, estando toda ella libre y desembarazada.

Los caballeros prosiguieron su camino en continua ascension, sin hallar tropiezo ni cosa que detenerles ni llamar su atención pudiera, y habrían andado por el subterráneo cerca de media hora cuando tocaron con una pared que les estorbaba el paso.

Examinaron toda la superficie del muro que delante tenían; dieron con la cerradura de una llave, y metiendo sus puñales por las rendijas la hicieron saltar; y empujando abrieron una ferrada puerta que les facilitó la entrada en otro espacio semejante al primero, desde el cual subía una escalera de caracol, por la que solo un hombre cabía.

Don Hugo y sus compañeros comenzaron á subir en la firme persuasion de que estaba próximo el término de su viage.



CAPITULO V.

LA SORPRESA.

En la habitacion de Isacar acababa Lucía de disponer la luz artificial, y se preparaban las mugeres para retirarse á sus dormitorios.

Durante el dia José y Violante habian estado impresionados por vehementes é interesantes ideas, y casi no se habian hablado; procurando, sin embargo, la última penetrar los secretos pensamientos de su padre, en cuya faz alguna vez se retrataban los proyectos destructores que en su pecho acariciaba.

La jóven habia preparado la cerradura de su cuarto de modo que el pestillo apenas entrara en la rendija y pudiera ser fácilmente corrido desde adentro; porque se habia propuesto oír en la noche siguiente toda la plática que su padre tuviera con el estrangero, según habian convenido en la precedente entrevista.

Llegada la hora se recogieron la doncella y la criada, como de ordinario; Isacar echó la llave de la estancia y se marchó á su cuarto, quedando la casa en el mayor sosiego.

Cercana estaria la media noche cuando Violante, que prestara atencion singular á todo ruido, conoció que su padre estaba acompañado; y dejando silenciosamente el lecho abrió con un agudo puñalito la cerradura de su estancia, y con el mayor cuidado y sin hacer el mas leve ruido fuese á poner de es- cucha en el mismo lugar en que por casualidad se colocara veinte y cuatro horas antes.

Con efecto, el judío estaba ya en union del desconocido, y disputaban sobre los medios de realizar mas seguramente la destruccion de Amposta; hallando, no obstante, dificultad para hacerse dueños del castillo, punto desde el cual pudieran ser incomodados los invasores; pero José, que solo deseaba llevar á cabo su venganza, ofreció buscar recursos para introducir gente enemiga en aquella fortaleza.

El estrangero no quedaba satisfecho, y proseguia haciendo objeciones y presentando dificultades, las que trataba de vencer Isacar, indicando remedios. Por fin, ya acordes sobre lo que hacer conviniera, comenzaron á tratar del dia en que hubiera de ser realizado, y en este punto los dos se inclinaron á la opinion de que era indispensable la prontitud á fin de coger desprevenidos á los defensores...

El forastero, como para poner término á la conversacion, dijo á Isacar...

—Creo que antes de ocho dias debe darse el golpe; y para este tiempo ya puede llegar Abu Giomail..

—Fijémosle, si te parece, Ibrahim, para el *quince*, dentro de *cuatro*...

—Acaso sea demasiado pronto... Sobre este punto debo consultar con Sir Ben Abdalah, y te avisaré oportunamente...

Aquí llegaban de sus planes el judío y el moro, pues como el lector habrá presumido Ibrahim lo era, y oyeron un estrépito violento en la pieza inmediata á la en que estaban; y solo habian tenido tiempo de ponerse sus disfraces y de empuñar sus armas cuando don Hugo y sus tres compañeros aparecieron en la habitacion.

Isacar, aunque alarmado, trató de asustar á los recién llegados; dió un grito espantoso, produjo con su linterna un humo espeso y un olor nauseabundo, y viendo cerrada la salida que daba al subterráneo abrió la puerta que comunicaba con el resto de la casa.

Junto al dintel de aquella halló á Violante pálida, descompuesta, convulsa y armada de su puñal. Ante su vista el judío se olvidó de sí y miró estupefacto á su hija... La niña estaba penetrada de angustia, pero presintiendo el peligro de José se habia sobrepuesto á toda idea de terror, y lanzándose de un salto entre él y los caballeros que le acometian:

—Atrás, dijo blandiendo su acero con arrogante ademán. Atrás, ó sepulto mi daga en el corazón del que atente á la vida de mi padre...

Animados con esta acción el judío y el moro, dieron rostro á los recién llegados; se avergonzaron de su temor; se fueron con las cimitarras desenvainadas hácia sus contrarios, y se trabó en aquel reducido terreno un combate cuerpo á cuerpo, en donde peleaban de una parte don Hugo y sus comensales, y de otra Isacar, Ibrahim y Violante. La lucha no podía ser muy duradera, porque los *cruzados* estaban cubiertos de acero, y eran jóvenes aguerridos, al paso que sus contrarios estaban embarazados con sus hopalandas, y eran un simple espía, un artesano poco ejercitado en el manejo del alfange, y una niña casi desnuda y falta de fuerzas.

Ibrahim cayó al suelo envuelto en su ropon negro; Violante fué desarmada inmediatamente, y José, acorralado y envuelto en su descomunal túnica, nada podía en su defensa; mas como se hallara en el borde de la comunicación con la inmediata pieza, bajó repentinamente, con estruendo y con ligereza singular y estraña, el armazón de su disfraz, traspuso la puerta y la cerró de un golpe, corriendo el cerrojo exterior. Quedó el cuarto en completa oscuridad, porque solo estaba alumbrado con la luz que salía de la estraña y misteriosa lucerna colocada en lo alto del traje de aquella fantasma.

En vano el caballero que con ella se batia quiso lanzarse en pos del fugitivo, porque no pudo separar el hierro que sujetaba las maderas, y se vió obligado á forcejar en ellas con violencia, sin lograr ningun resultado. Otro de sus compañeros, llamado por el primero, acudió al sitio, y reunidos ambos, despues de algunos minutos, lograron facilitar la salida. Quedó libre el paso, se hallaron en otras piezas, recorrieron á tientas las inmediatas, anduvieron por todos lados y nada hallaron, pues el disfrazado habia desaparecido.

Mientras ocurrieron estos sucesos despertó Lucía, se fué á la cama de Violante con objeto de besar su frente y de abrigar su cuerpo, por si se hubiere descubierto, como de continuo acontecia; y no hallándola en el lecho y tocando la puerta abierta salió fuera, se dirigió al hogar, encendió luz, y al ir á reconocer los dormitorios se halló con los armados. Toda espantada y temblorosa la sirvienta, dejó caer la lámpara que en la mano llevaba, y que por casualidad no se apagó. Los guerreros levantaron la lámpara caída, volvieron á su registro, nada consiguieron, y recordando que don Hugo y el compañero podrian necesitarles, penetraron en aquel aposento.

En el tiempo que medió entre la salida y el regreso de los que persiguieran á Isacar, don Hugo habia retrocedido hasta la entrada de la mina, y espada en mano esperaba ser acometido. Ibrahim per-

manecia en el suelo bañado en sangre, y la jóven, á quien habia abandonado el ficticio valor de los primeros momentos, cayó al suelo sin sentido.

Asi que don Hugo vió luz tornó á la estancia del combate, y entrando en ella tambien Lucía, que no podia esplicarse lo que en la casa pasaba, alzaron á Violante y se la encomendaron á la criada; asegurando al moro, que tenia una herida en la cabeza y otra en el brazo, aunque de poca gravedad.

Como todavía ignoraban los caballeros el punto en que se hallaban, tomaron otra lámpara de la habitacion, la encendieron en la que habian recogido abandonada por Lucía, y se dieron á buscar la puerta de salida. Hallaron fácilmente la que daba al zaguán, y muy luego la que desde él dejaba libre el paso hasta la calle; y mirando á la fachada del edificio y observando los que se hallaban inmediatos, reconocieron los amigos de Andos que la casa en donde habian acontecido las escenas en este capítulo contadas, era la del converso José.

La averiguacion era completa; la mina comenzaba en aquella habitacion y concluía en la torre del moro, y el judío estaba en relacion con los enemigos del nombre cristiano.

Formado este juicio, quedaron en la casa dos de los caballeros; salió otro en busca de gente armada; fué encerrado Ibrahim en un cuarto; acostóse á Violante en su lecho, asistiéndola la sirvienta; y don Hugo provisto de luz se tornó por el subterráneo á

contar lo sucedido á los compañeros que habian quedado en la torre.

Una hora mas tarde habia en la habitacion de José un peloton de gente armada, compuesto de soldados y gefes, y se retiraban hácia el castillo Andos y sus seis comensales en la nocturna espedicion.



CAPITULO VI.

LA DECLARACION.

Era la mañana siguiente á la noche en que don Hugo y sus compañeros habian hecho el descubrimiento interesante de la mina subterránea ; y al levantarse de sus camas habian sabido los moradores de Amposta el peligro que corrieran con la traicion de José, peligro que se exageraba al pasar la noticia de boca en boca de los noveleros ; llegando alguno á contar que los moros estaban ya casi apoderados de la villa cuando los caballeros habian sabido el intento y le habian desbaratado.

Reuníanse en calles y plazas los medrosos vecinos del lugar , á los que se iban juntando los que de los inmediatos pueblos llegaran buscando asilo ; y congregada ya numerosa turba, los ánimos se fueron encendiendo hasta el punto de que uno propusiera quemar la casa del judío y acabar con toda su fami-

lia; y como el pueblo bajo las mas veces es cruel y cobarde, acogió con delirio la idea de aquel furioso é imprudente, y se dirigió á la morada de Isacar con objeto de reducirla á cenizas y de hacer pedazos á su hija.

Frey Martin, como hombre habituado al mando y conocedor de los instintos populares, asi que fué informado por su hermano de lo que habia pasado en la habitacion del judío, presumió lo que pudiera acontecer; y para prevenir todo daño, colocó en la calle y en la casa en donde vivia el falso converso, caballeros de la órden y soldados de confianza que impidieran el menor esceso.

Los amotinados se presentaron, armaron una gritería espantosa, y quisieron á toda costa apoderarse de los objetos que buscaban; pero las tropas fieles á su consigna llegaron con sus palabras, y á consecuencia de algunos cintarazos, á disuadir á la multitud, haciéndola entrar en razon; de modo que al poco tiempo todo quedó tranquilo y sosegado.

El gobernador de la fortaleza, con los gefes de su consejo, acordaba mientras tanto lo que hacer conviniera; ya porque Isacar no fué hallado, contando varios centinelas de los muros que en el último tercio de la noche habian visto un fantasma saltando la barbacana y corriendo por el aire sin tocar en el suelo, como si fuera un ave; ya porque Ibrahim se obstinaba en guardar un silencio absoluto, y ya porque la declaracion de Violante, aunque

daban una idea del plan trazado por el judío y por el moro, no satisfacian en cuanto á si tendrian ó no otros proyectos ordenados de antemano. Pero la prudencia de frey Martin y el animoso aliento de don Hugo á todo hallaron remedio y á todo ponian término.

En el jardin de la mansion del israelita, sola, llorosa, con la vista clavada en el cielo, y con la faz encendida por el llanto, se hallaba descansando sobre un cogin una jóven de belleza sorprendente, admirablemente perfecta, y cuya hermosura no podia ser advertida sin sentirse al instante impresionado. Sus cabellos brillantes y del color del azabache, su frente despejada, sus rasgados, límpidos y negros ojos, su perfilada nariz, sus labios de carmin, sus megillas sonrosadas y su alabastrino cuello, formaban una cabeza divina, intelingente, preciosa. Su estatura mas que mediana, su esbelto talle, sus brazos redondos, sus manos delicadas y sus diminutos pies, componian un cuerpo incomparable, flexible, ligero. La cabeza y el cuerpo reunidos armonizaban un ser solo semejante á las fantásticas y caprichosas creaciones de los inmortales genios de la pintura y de la escultura, de los semidioses paganos Apeles y Fidias. Esta jóven era Violante, la hija de José.

El momento en que pasan los sucesos de que damos cuenta, fué el primero en que Violante apareció ante los ojos de las personas estrañas á su reducida familia en todo el esplendor de su hermosura,

sin lienzos que cubriesen su rostro, ni mantos que envolvieran su cuerpo. Asi es que los soldados que la servian de vigilantes y de guardadores estaban sorprendidos de ver tan peregrino y raro modelo de beldad, y la contemplaban embelesados y como en éxtasis, sin atreverse á dirigirle la palabra ni á turbar su recogimiento doloroso.

Un armado, sin embargo, tenia mas que los restantes fijos en la bella sus ojos, y parecia participante del inmenso penar que la atribulaba; y no en una sola ocasion vertió lágrimas cuando la hermosa las vertiera, y tembló cuando temblara; pero ella, absorta y separada de todo lo que la rodeaba, á nadie veia ni de nadie se cuidaba. El mancebo permanecia retirado junto á la estancia que sirviera de dormitorio á José, y las horas se pasaban, y ninguno en él reparaba, porque todos cuantos al patio acudieran atendian solo á la belleza de la niña, á quien Lucía acariciaba, besaba y procuraba consolar.

La campana de la villa anunció ser el medio día, y la cariñosa sirvienta con gestos y señales trató de apartar del jardinillo á su señora; y con efecto, á sus repetidos ruegos, mímicamente espresados, accedió Violante, levantándose y dirigiendo los pasos vacilantes hácia su cámara, debiendo pasar por delante del sitio en que se hallaba el jóven guerrero. A medida que la preciosa criatura se aproximaba, el constante centinela sentia estremecimientos estraños; y cuando estuvo junto á él lanzó un suspiro fuerte,



prolongado, angustioso, muy semejante á un quejido. La niña le oyó, levantó su vista, la fijó en el doliente, y sorprendida dió un grito comprimido, quedando inmóvil delante del mancebo. Este, observando el efecto que su presencia habia producido, hizo un esfuerzo y dijo:

—Ya es tiempo de hablar, Violante. Ni mi amor ni tu situacion consienten mas largo silencio... Antes de concluir el dia de hoy debemós tener una esplicacion precisa é indispensable en el estado en que se hallan nuestros asuntos...

Violante callaba, por lo cual el guerrero se vió precisado á proseguir:

—Si en algo estimas tu vida, si algun aprecio te merece la mia, concédeme una hora de comunicacion, y acaso pueda hallarse medio de conservar la existencia de los dos...

La niña, indecisa é irresoluta, no osaba dar respuesta; pero sin duda debió ocurrírsele algun pensamiento, y con una energía de que momentos antes no se la creeria capaz, contestó:

—Esta tarde, antes de que las tinieblas descendan sobre la tierra, llama á esa puerta, entrarás, y te oiré.

Y sin decir otra palabra continuó su camino, penetró en su cuarto y se ocultó á la vista de todos.

Dos ó tres soldados habian observado la conversacion de Vicente, pues no era otro el armado que hablara á la hija del judío; y acercándosele co-

menzaron á felicitarle por su fortuna; pero le vieron demasiado preocupado y distraido, y se retiraron á comentar aquel singular suceso, pues completamente ignoraban la oculta pasion que consumia al mancebo.

A la hora acordada, Vicente habló con el gefe que mandaba el peloton de peones que guarnecia la casa, y habiéndole comunicado su amor, y habiéndole advertido del provecho que acaso pudiera sacarse de su coloquio con la jóven, fué autorizado para tenerle. A fin de que nadie le incomodara, ordenó el gefe que todos los guerreros se retirasen á la inmediata habitacion, dejando libre y desembarazado el patio.

Vicente, tan luego como estuvo solo, llamó á la puerta de Violante, y sin dilacion se abrió dejándole paso. Habiendo entrado dijo á su adorada:

—Hace un año que te sigo siempre que sales, y que te amo con todo mi corazon, y hoy, sin embargo, he logrado por vez primera ver tu semblante y oir tu voz... Si desconocida te idolatraba ¿cómo no te he de idolatrar al hallarte tan perfecta y tan encantadora? Mi amor no ha crecido, porque no podia crecer; pero ha tomado verdaderas formas y se ha modelado... y hoy no solo estoy enamorado, sino que estoy loco... porque tu hermosura ha sobrepujado todas mi ilusiones y todos mis ensueños... Tú me conocias, pues desde el primer dia me he presentado como soy, y te he dado á entender que ten-

go bienes de fortuna, que profeso las armas, y que no cuento con otro padre que con Dios... ¿Podré saber si mi pasión obtiene ú obtendrá correspondencia?...

La niña en el tiempo mediado desde que le fué pedida la entrevista hasta el en que se realizaba había pensado sobre la conducta que observar debiera con su amante, y resolvió hablar con la mayor franqueza y fiarse en el cariño de aquel á quien ella en silencio meses hacia que adoraba. Por esta razón, tan luego como oyó la pregunta de Vicente, contestó:

—Hasta ahora no he tenido ocasion de escucharte, ni he podido manifestar lo que pasa en mi corazón... Acaso si mis días venideros hubieran corrido como los pasados, tampoco lo hubieras sabido... Pero hoy estoy resuelta á revelarte mis sentimientos, porque es posible que conociéndolos halle yo puerto en la horrible tormenta que me rodea...

—¡Oh! revélame tus deseos para que sirvan de faro que ilumine mis acciones y que guie nuestro porvenir.

—Si tú me amas, Vicente, y me has manifestado tu amor, yo quizá he podido hacerte comprender que no acogia con indiferencia esa afición... Y así es... Mi afecto comenzó como un átomo imperceptible y ha ido creciendo dentro de mí..., como crecen dentro de la tierra las semillas de las flores de mi jardín... Pero á las plantas les llega el día de aparecer á la vista de los mortales para ostentar sus

primores, y á mi amor le ha llegado tambien el dia de ostentarse tal cual es..., grande..., inmenso..., ilimitado... No me ruborizo al confesártele...; porque nada hay en él indigno de mí...

Vicente, oyendo á su amada, sentia un placer inesplicable, y su resto irradiaba de alegría y de contento... Violante prosiguió:

—Mi situacion es asaz triste... Ignoro que ha sido de mi padre... No sé que suerte me espera... Me es imposible adivinar lo que sucederá... Y sin embargo, veo lo venidero sombrío, amenazador, peligroso... En tal estado necesito pertenecer á un hombre que me preste auxilio, que me considere como suya... Vicente, me entrego á tí... Desde este instante tú eres mi dueño...

Al pronunciar estas palabras, el acento de la doncella lejos de indicar sumision espresaba orgullo. Su semblante estaba revestido de una decision asombrosa: sus pupilas despedian rayos de fuego: su apostura bizarra demostraba la resolucion de hacerse obedecer; y su simpática dignidad conmovia y avasallaba: de modo que en vez de entregarse á su amante como esclava se le imponia como reina y soberana.

El mancebo trémulo de emocion no hallaba una frase con que responder á su adorada..., y ni aun sabia como agradecer aquel cariño que por vez primera se le revelaba...; mas maquinalmente buscó palabras, y espuso:

—Serás mi señora, Violante, como eres mi ídolo. Yo te salvaré de todos los peligros haciéndote mi esposa; y tu porvenir no será desdichado si el cielo acoge mis súplicas... Mañana, así que mis ocupaciones de soldado me lo consientan, practicaré las debidas diligencias para que antes de seis días la iglesia verifique nuestra unión... Hasta entonces te guardaré y te preservaré de todo mal.

—Y ¿qué harás por mi padre?... preguntó Violante.

—Cuanto yo pueda por salvarle.

—¿Sabes en dónde se encuentra?

—Todos en Amposta lo ignoran...

—No me ocultes la verdad... ¿está en prisión?

—Te juro que no..., y por nuestro amor te aseguro que nadie le ha visto desde anoche...

—¿No corre peligro su vida?

—Por ahora no... Mas adelante..., Dios solo lo sabe...

—Véla por él como por mí...

—Cumpliré tus órdenes...

—Hasta que venga el nuevo día...

—El te traiga la tranquilidad y la dicha.

—Parte ya...

—El Señor te dé reposo.

La joven hizo un ademán indicando la puerta, y el mancebo salió sin apartar de ella sus ojos preñados de pasión y de afecto.

CAPITULO VII.

EL ASALTO.

Doce días pasaron desde aquel en que Vicente y Violante se declararon su recíproco amor, y al octavo con aprobacion de frey Martin de Andos contrajeron matrimonio, sirviéndoles de padrino don Hugo, que se propuso dispensarles toda su proteccion.

Cuantos puntos fortificados existieran en Am-posta se hallaban guarnecidos por hombres de armas; y sobre las ruinas del misterioso torreón árabe se habia levantado un sólido baluarte, que era defendido por don Hugo y por veinte de los mas afamados caballeros de San Juan.

El rey Zaen desde el antepenúltimo día estaba al pie del cerro con numerosa hueste y se disponia á sitiar la plaza; mas hallábase disgustado por no

tener medios de hostigarla por la parte del río, pues las embarcaciones, á causa de las obras ejecutadas, no podian llegar hasta el punto en que fuera útil su cooperacion. Era por lo mismo necesario atacar el lugar por el único camino transitable que se conocia, y tomarle á viva fuerza, asaltándole con denodado corage. La situacion del walí era desventajosa; pero contaba con poderoso ejército y habia prometido á sus parciales apoderarse de aquel punto; y se decidió á intentar un atrevido golpe de mano, que le hiciera dueño de una parte al menos de las obras de fortificacion.

Señalóse la noche para realizar el proyecto, y durante el dia los moros se prepararon para ejecutarle.

Asi que los sitiadores creyeron á los sitiados entregados al sueño, comenzaron á subir por el sendero, guardando el mayor silencio; y una notable compañía de escaladores se dirigió á acometer la árdua empresa de subir por el despeñadero, valiéndose de agudos hierros que clavaban en las grietas de las rocas, y en los que sujetaban como podian sus manos y sus pies. La ascension, tanto por la dificultad que esta operacion ofrecia, quanto por las precauciones que guardaban los que iban por la senda, se hacia despacio, y el tiempo pasaba con mas precipitacion de la que Zaen deseára.

Ya por fin los acometedores habian llegado á mediar la cuesta y se acercaban á la torre, pero al

intentar apoderarse de ella, una nube de armas arrojadas cayó sobre los musulmanes, confundiendo y desordenando á cuantos habian conseguido verse próximos de sus paredes. Desde entonces á pesar de todo el ardimiento de los invasores, no fué posible á los que seguian la vía adelantar un paso, pues todos los que lo pretendieron perdieron la vida.

Los escaladores, mas felices, lograron trasponer el despeñadero; y animados los moros con este resultado acudieron á subir por todos lados, valiéndose del mismo medio que los primeros habian puesto en uso. Entonces no solo se atacó el torreón situado en el camino, sino que se arremetió la villa por distintos puntos.

Los sitiados acudieron á todas partes, defendieron los puestos con singular denuedo; y rechazaron cuantas embestidas dieron los sitiadores, cuyo número, á pesar del peligroso recurso empleado para subir hasta la muralla, acrecia por momentos. Nuevos y repetidos embates se sucedieron á los primeros; y á los continuos esfuerzos de los asaltadores cedió una de las puertas de la barbacana, penetrando por ella inmenso tropel de guerreros musulmanes, que corriéndose por el adarve arrollaban cuanto á su paso se oponia, llevándolo todo á sangre y sembrando la muerte por do quiera, hasta atacar el muro principal de la villa.

Los sitiados conocieron la necesidad de atender con bravura á la defensa de la segunda línea aban-

donando la primera, y se replegaron levantando los puentes; pero al intentar hacerlo de uno de ellos se observó que las cadenas estaban desenganchadas y que era imposible cerrar la entrada. Los guerreros ven encima á los mahometanos, y se resuelven á detener su marcha; y con efecto defienden el paso como leones: mas de repente á su espalda sienten caer hombres heridos y muertos, y observan un guerrero que con una terrible hacha de armas arrollaba á cuantos se oponian á la entrada de los sitiadores. Este guerrero, que á cada golpe derribaba á un hombre, estaba sin embargo vestido á usanza de los cristianos; pero su casco era original, y por varias bocas arrojaba una luz caprichosa y de mil colores, produciendo espantadoras visiones.

Uno de los soldados que el puente defendian creyó ver en aquella luz las mismas formas de los fuegos que el fantasma derramaba en la torre del camino, y todo asustado gritó:

— ¡*El moro resucitado!*!

Este grito heló la sangre en el corazon de los soldados, y abandonando el rastrillo y dándose á correr introdujeron en los sitiados el miedo y el desorden... Los mahometanos se aprovecharon de aquellos momentos de terror, y penetraron en la primera calle de la villa, guiados por el singular guerrero que en provecho suyo habia peleado.

Frey Martin de Andos, desde el primer momento del ataque de la poblacion, acudia á todos los

puntos comprometidos, y oyendo el ruido por la parte por donde entráran los moros se precipitó hasta ella con un valiente cuerpo de caballeros. Apercibióse al llegar de que los enemigos invadían el lugar, y cargando sobre ellos con un brio sobrenatural en sus años, los arrolló, los hizo retroceder, los echó fuera, y siguió dándoles alcance hasta hacerlos trasponer la barbacana.

Este escuadron restableció el orden y volvió á reconquistar el terreno perdido, logrando la prision de gran número de contrarios. Nada se resistía á las cortadoras espadas de los caballeros; nadie osaba hacerles frente. Solo el extraño soldado de la luz en el casco les opuso en distintas ocasiones todo su esfuerzo, descargando sobre el que podia su hacha descomunal; pero al fin desarmado por un soldado del séquito de los *hospitalarios* fué hecho prisionero, y frey Martin, preocupado por la singularidad del adversario, mandó conducirlo al castillo.

Desde aquel instante los mahometanos comenzaron á perder terreno; los defensores de la villa los arrojaban por todos los lados del peñasco, y la bajada costó á los del asalto centenares de hombres, que precipitados no pararon hasta el rio.

Al amanecer, el triunfo de los cristianos era completo, y Zaen levantó el sitio, avergonzado y furioso con la derrota, que habian hecho mas sangrienta don Hugo y los que le acompañaban en la torre.

Los acometidos no creyeron bastante la victoria lograda por la noche, y durante el dia fueron picando la retaguardia de la hueste mora, molestándola tambien por los costados; hasta que los gefes, despues de algun tiempo, consideraron prudente retroceder y dirigirse á sus hogares.

El asalto y la defensa de Amposta fueron por muchos años objeto de los cuentos mas estraños y de las consejas mas sorprendentes, sin embargo de no haber ocurrido otros sucesos que los que en esta historia dejamos referidos.

CAPITULO VIII.

EL PREMIO.

En la noche del asalto un guerrero cristiano hiciera prodigios de valor, peleando cuerpo á cuerpo con los enemigos, ocupando siempre la primera línea y el puesto mas comprometido, y distinguiéndose de tal modo que llamó la atención del castellan y de los caballeros. El habia salvado en mas de una ocasion la vida de frey Martin, á cuyo lado se le veia frecuentemente: él paraba cuantos golpes iban dirigidos á los ginetes del séquito del gefe y guardaba sus espaldas; él como un leon atacó y rindió al guerrero que tanto espanto puso en el corazón de los defensores de la villa. Do quiera que se volvian los ojos, allí se encontraba el animoso soldado, ejecutando actos heróicos; y do quiera que habia un peligro, allí estaba el invulnerable atleta, admirando á los circunstantes con sus hechos.....

Este soldado era Vicente... Ni su amor á Violante, ni la proximidad de su matrimonio, le impidieron ser el mas bravo de los sitiados, el mas ardidado de los animosos, el mas arrojado de los que lidiaron en aquella jornada.

Frey Martin se habia prendado de la valentía y de la espontaneidad del mancebo, y en justo premio de su comportamiento determinó, con acuerdo de don Hugo y del cabildo de los hospitalarios, hacerle una merced señalada y honrosa: aquella que mas fuere de su estimacion y de su agrado. Para fijarla y para enaltecer la distincion dispuso el castellan que se reunieran los caballeros; citó ante ellos á Vicente, y dió al acto una solemnidad notable y desusada; puesto que públicamente se habia de celebrar en la sala del consejo de la castellanía.

Era esta una pieza desahogada y principal del castillo. Su forma elíptica, su artesonado de primorosas labores, sus ajimeces calados, y el sencillo decorado de sus paredes la daban un aspecto magistoso pero grato. En el testero colgaba de la techumbre un dosel encarnado de tela de lana, y sobre el, pendiente de la pared, se hallaba un crucifijo de colosal tamaño. Debajo estaba colocado en el centro el sillón del castellan, y por uno y otro lado se estendian los bancos destinados á las caballeros, los cuales aparecian con un forro de la misma tela roja del dosel. Mas en el fondo; y delante del sitio ocupado por los escaños, habia una mesa de igual

figura que el salon, cubierta y rodeada de idéntico tejido, en cuyo frontal ostentaba sus blancas puntas la cruz octógana de la órden hospitalaria.

En la tarde siguiente á la noche del asalto se realizara la importante ceremonia dispuesta por frey Martin. Ocupaba este el sillón presidencial de la sala del consejo: á su derecha tenia á don Hugo, y despues de él á entrambos lados se hallaban en sus asientos, por órden de antigüedad, los caballeros. Un gran número de personas llenaba el espacio comprendido entre la valla y las paredes. Cuando todos estuvieron colocados hizo el castellan comparecer á Vicente, que se presentó respetuoso y humilde. Andos, tan luego como llegó el guerrero, refirió sus servicios del dia anterior, encomió sus acciones, las indicó como ejemplos que todo soldado debiera imitar; y volviéndose á Vicente al fin de su discurso, le ordenó que designara la gracia que debiera obtener en recompensá de sus altos hechos.

Agobiado el mancebo con el honor que se le dispensaba, tenia inclinada la cabeza sobre el pecho, y no osaba responder á frey Martin; mas éste tornó á repetir la órden, y entonces Vicente con modesta voz contestó:

—Bástame haber conseguido el aprecio de mi señor para hallarme recompensado de la pequeña parte que ayer tomara en los combates; y si mis circunstancias no fuesen hoy singulares nada pediria... Pero un sentimiento de gratitud me impone un in-

menso deber, y él me da fuerzas para dirigir mi ruego á este noble cabildo...

—Espílicate y pide, que todos anhelamos mostrarte nuestro buen deseo...

—Señor, mi esposa es Violante, la hija de Isacar, que continuamente se halla en zozobra temiendo por la vida de su padre. Nadie sabe en donde se oculta; pero yo en nombre de su hija y mi amada pido gracia y perdón para el desdichado .. Acaso así se averiguará su paradero, y se calmen el afán y el dolor de la que es la mitad de mi vida...

—Vicente, tú sabes bien cuán perversa ha sido la conducta de José, quien habiendo recibido de mí favores especiales, pagaba con negra ingratitud mis obsequios, tratándo de entregar la villa á los moros. Este proyecto concebido sin razón ni motivo es digno de reprobación y de severo castigo...

—Señor, lo conozco, y confieso que José se ha hecho acreedor al último suplicio; mas yo ruego á mis protectores que indulten de toda pena al padre de Violante...

—¿Sabes acaso en dónde se encuentra?

—Lo ignoro. Solo pido gracia para el día en que se le halle...

Frey Martín consideró grave la petición; se quedó pensativo, y quizá propendía á negar lo que se solicitaba; mas don Hugo acudió en auxilio del suplicante, é intercediendo por él, y conmoviendo á los demás caballeros, decidió al consejo. El

castellan, vista la inclinacion del cabildo, dijo:

—Se otorga á José, antes conocido por Isacar, el perdon de sus graves culpas; se le permite vivir en compañía de su hija y del marido de su hija; y solo se le impone la obligacion de hacer pública penitencia...

Vicente se arrojó á los pies del caballero, dió gracias al consejo, y lleno de alegría fué á participar á Violante el inesperado favor.

Los espectadores se retiraron, aplaudiendo unos la decision del cabildo y criticándola otros, segun en casos tales acontece.



CAPITULO IX.

EN ACCION DE GRACIAS.

Desalado y jadeante llegó Vicente á su morada, en la que llena de cariño le aguardaba la esposa con curiosidad de saber qué premio habian concedido al ardimiento noble y generoso que mostrara en el rudo trance del ataque de la poblacion; y sin poder el mancebo casi articular las palabras, dijo cuando todavía no hubiera detenido sus pasos:

—Violante, he salvado á tu padre... Por recompensa de mi fidelidad he pedido su perdon... y con increíble magnanimidad me ha sido otorgado... ¡Loor eterno al piadoso gefe, al valiente caudillo, al dignísimo castellan de Amposta! ¡Loor eterno á nuestro padrino y protector don Hugo! ¡Loor eterno al sabio y prudente consejo de los caballeros!

—¿Y puede José venir á nuestra compañía?... preguntó Violante.

—Cuando quiera, sin temor ni riesgo alguno.

—¡Alabanza á Dios! gritó la hija, cayendo de rodillas sobre el pavimento.

Vicente se arrodilló tambien; y marido y muger rezaron fervorosamente, dirigiendo oraciones de reconocimiento y de gratitud al Señor del cielo y de la tierra.

Cumplido este primer deber, Violante juzgó acertado ir acompañada de Vicente á besar las manos de sus favorecedores, y poniendo por obra su pensamiento salieron entrambos en direccion del castillo.

El castellan, afable y cariñoso con todos, recibió con ternura las demostraciones cordiales de afecto que le hicieron aquellos jóvenes; y con su acostumbrada bondad les ofreció su apoyo, les aseguró del olvido perpétuo de las ofensas que le hiciera Isacar, y les despidió, regalando á la hermosa preciosas curiosidades traídas del Oriente.

Desde el aposento de frey Martin pasaron Vicente y Violante al de don Hugo, quien les recibió con una franqueza propia de hermanos, haciéndoles cien agasajos, y reiterándoles sus protestas de amparo y ayuda. Para dar mas contento á la jóven, don Hugo ofreció que indagaria el sitio en que estuviera acogido ú oculto José, y que á son de trompeta se publicaria su perdon por todos los pueblos de la cristiandad, á fin de volverle cuanto antes al lado de la que tanto le amaba, y que por su filial amor merecia todo elogio.

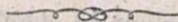


Verdaderamente regocijada y llena de contento salió Violante de la vivienda de su padrino de boda, y en union de su primer sosten y ayuda, el bueno, el amoroso y el aguerrido Vicente, dió la vuelta en direccion á la casa que les servia de albergue.

Asi que en ella estuvieron, Violante se colocó enfrente de su marido, le miró con una dulzura singular, y espresando en su rostro todo el placer que tenia en pertenecerle, se fué á él, le echó entrambos brazos al cuello, le besó con entusiasmo, y le dijo:

—Tuya es mi vida por haber salvado la de mi padre... No solo tengo para contigo los deberes de esposa, sino que me obligo desde hoy como tu sierva...

Vicente la estrechó contra su pecho, y las palpitations de aquellos dos corazones se confundieron durante algunos minutos.



CAPITULO X.

LA HISTORIA DEL DESCONOCIDO.

El terror hizo que los moros volvieran á Valencia en menos de la cuarta parte del tiempo que emplearan para ir hasta Amposta; y como su estancia debajo de los muros de esta villa fué tan corta, no irrogó perjuicios notables, teniendo tan solo que lamentar las pérdidas de hombres sufridas durante el asalto.

A los dos dias todos los daños materiales causados en las fortificaciones se habian reparado, y la calma y la tranquilidad renacian, tornándose algunos hombres de las poblaciones vecinas á sus moradas con el deseo de ver el destrozo que los invasores hubiesen hecho en sus propiedades.

Rodeado de tantos cuidados habia desatendido frey Martin al desconocido, preso desde la noche del ataque en que con singular denuedo peleó por los musulmanes, y á quien tenia recluso en una de

las torres del castillo , pero no le habia olvidado ; y en el momento en que sus graves ocupaciones le otorgaron algun descanso le hizo conducir al salon donde noches antes esperara la llegada de don Hugo.

El incógnito desde que fué hecho prisionero no habia tomado casi alimento , negándose á aceptar el que dos veces al dia se le llevaba , y por lo mismo tenia debilitadas las fuerzas ; mas no por eso abandonara un solo momento el casco ni levantara la visera , de modo que las personas que á él se habian acercado ignoraban aun quién fuese.

Cuando de órden de frey Martin se le mandó comparecer , quiso hacer alguna resistencia ; pero obedeciendo inmediatamente á un secreto impulso , como un objeto que obedece á un resorte , se puso en pie , hizo ademan de marchar , y acompañado de soldados y sin armas , aunque cubierto con su armadura , se dirigió al lugar que le señalaron , y entró en la estancia en que frey Martin y don Hugo se encontraran.

Los caballeros estaban sentados en sus sillones de encina , despojados de sus arneses y vestidos con sus trages de casa , y asi que llegó el desconocido le mandó el mayor de los hermanos que se quitara el casco y dijera su nombre ; mas el guerrero se obstinó en conservar su *celada* , mientras no salieran de la estancia los presentes y le dejaran solo con frey Martin , al cual únicamente queria dar satisfaccion mostrándole su rostro y explicándole los mo-

tivos de su conducta. Frey Martin ordenó que todos se retiraran, y suplicó á don Hugo que hiciera lo mismo, el cual, aunque mal de su grado, dejó el salon y pasó al inmediato aposento.

Solos frey Martin y el desconocido, insistió el primero en que este manifestara la faz, y levantándose el soldado la visera descubrió un semblante conocido. Asi que le vió frey Martin exclamó:

—¡José!

—El mismo soy, manifestó el llamado de aquel modo; José, ó mejor dicho, Isacar; pues si públicamente mudé mi nombre de israelita y abjuré de la ley de Moisés, en mi vida privada siempre conservé el nombre de mis mayores, y en mi corazon profesé constantemente la religion judáica...

—¿Qué causas te impelieron á obrar con tanta perfidia? preguntó Andos... Habla sin temor, pues que estás perdonado...

—Las mismas que me hicieron dar muerte á frey Angel de Cardona y á frey Armando de Aspa...

—¿Fuiste tú?...

—Las mismas que me determinaron á entregar la villa á los moros...

—Tambien...

—Las mismas que me lanzaron á combatir contra los cristiannos...

—¿Cuáles son, desdichado?

—Proceden de tiempos remotos, y me han constituido por toda la vida en deberes jurados...

—Explícate... Necesito conocer esas causas y los misterios que oscurecen tu existencia

—Me espera la muerte, pues rechazo vuestro perdón, y por lo mismo nada me importa revelarlas... Escuchad... En un edificio no lejano de este país pasaba la vida años hace un matrimonio, que poseía cuantiosas riquezas consistentes en metálico, alhajas y piedras preciosas. Un solo hijo era el fruto de su amor, y los días de los esposos se deslizaban llenos de alegría y de felicidad. Seis años después que el casamiento se había verificado, fué vista la esposa y hablada de amores por un joven recién llegado de lueñas tierras; señor poderoso y de gran predominio en el territorio, á cuya voluntad se hallaban sujetos los pobres y los ricos, los desdichados y los venturosos. La muger, fiel á su marido y madre virtuosa, rechazó veces ciento las criminales seducciones del magnate, ocultando como prudente al esposo las exigencias del caballero, hasta que las instigaciones llegaron al punto de serla preciso revelar á su amado la amarga situación en que el destino la colocara...

Aquí hizo una pausa el judío, y tomó aliento como para continuar. Durante la relación anotada, frey Martín había manifestado en su rostro un dolor que crecía á medida que Isacar adelantaba, dando indicios visibles de malestar y de un disgusto profundo... El judío después de haberse animado prosiguió:

—El marido, contristado en extremo con el mal

que le amenazaba, juzgó que no le era posible sostenerse tranquilo en el lugar en donde por tanto tiempo habia sido digno de envidia; y sin intentar siquiera daño alguno contra el que trataba de arrebatarle sus delicias y su honor, preparó su viage, pensando establecerse lejos del sitio en que su estrella le deparaba irreparable mal. El señor de la comarca, siempre vigilante y siempre cuidadoso de la muger, advirtió las disposiciones de marcha; y en una noche se introdujo en la alcoba en donde durmiera la desventurada, objeto de su concúpiscencia, queriendo lograr por fuerza lo que por aquiescencia no habia obtenido... La muger se resistió como una leona; dió gritos desaforados, á los que atónito y aturdido acudió el esposo; pero cuando desquiciara la puerta, que el robador de su honra habia atrancado, halló sola y en silencio la estancia, debiendo fugarse por una ventana el que era causa de aquella zozobra. El marido no podia concebir el motivo del silencio de su amada despues de tan grande alarma; mas acercándose al lecho la halló con el rostro lívido y con el cuello inflamado; y habiéndola reconocido adquirió la triste certidumbre de que era ya un cadáver... La infeliz habia sido ahogada por el vil y cobarde lujurioso...

En este punto tornó Isacar á hacer pausa... frey Martin estaba pálido, desencajado y sudoso... El judío volvió á su narracion en esta forma:

—El esposo, aunque pacífico por carácter y por

temperamento, sintió un furor extraordinario y un vehemente deseo de vengarse, y se fué en busca del infame asesino. Le halló en el pueblo de su residencia y le acometió; mas fué socorrido por sus tropas y por sus *siervos*, y ostentó como una generosidad perdonar al *osado*, previniendo que le arrojaran de los pueblos cristianos, y confiscándole las riquezas, que mandó repartir entre los que le habían salvado la vida... Sus órdenes, encargadas á los interesados, fueron ejecutadas con el mayor rigor; y el esposo ultrajado y viudo, con su hijo que todavía no contaba dos años, fué conducido muchas leguas distante, sin haberle permitido sepultar á la esposa, sin consentir que llevara un pedazo de pan para la criatura, á la cual trasportaba en sus brazos...

José suspendió de nuevo la relacion, porque le faltaban las fuerzas... Frey Martin estaba verde, y su pecho se levantaba y se bajaba como los costados de un fuelle manejado por mano vigorosa... José volvió á tomar el hilo de su interrumpida historia, y dijo:

—Ocho años acabara de cumplir el vástago de aquel matrimonio, tan dichoso en sus primeros dias y tan infortunado luego, y fué atacado el padre de grave dolencia que le condujo á las puertas del sepulcro... Ya en ellas, y llamando á la eternidad, hizo sentar al niño en el pobre monton de paja que le servia de cama, y alli le refirió esta historia, ha-

ciéndole jurar que vengaria la muerte de la madre y la desgracia del padre... y cuando iba á descubrirle quién era el asesino y robador, y ya le habia dicho que habitaba en Amposta, exhortándole á que demoliera esta villa y acabara con todos sus habitantes, y ya le habia dicho que era un gefe de los hospitalarios, escitándole á darles muerte... esta cortó de repente sus palabras... y el hijo no pudo saber á quién habia de odiar, ni á quien habia de hacer en primer lugar responsable de tanta desdicha... El hijo cayó de rodillas junto al cuerpo inanimado del que le dió el ser, y juró destruir á Amposta y esterminar á los caballeros que la defienden. Y el hijo de aquellos esposos desventurados... es... Isacar... soy yo; pues mis ascendientes eran judíos... Despues de depositar en la tierra á mi padre... vine á Amposta, y en los treinta y seis años que aqui resido he madurado mis proyectos de venganza... y he llevado á cabo algunos... Yo he sido el fantasma de la torre... yo el que dí muerte á los cruzados... yo el que dispuse la entrada del moro por el subterráneo de que los cristianos no teniais noticia, y que me fué enseñado por mi tio y protector Zabulon, á quien heredé... Esta es mi historia; esas son las causas que me han hecho obrar como hē obrado... esas las que me hacen morir de ira por no haber consumado la ruina de todo este pueblo... Ved si tengo razon para mi odio... porque como os he dicho soy hijo de la hermosa...

:

—Rebeca; dijo fray Martin con tenebroso acento.....

—Y del honrado...

—Benjamin; continuó Andos todavía con eco mas lúgubre...

—¿Cómo sabeis los nombres de mi madre y de mi padre?... gritó Isacar enfurecido, pálido de sorpresa y trémulo...

—Porque los ví alguna vez.....; repuso el caballero.....

—¿Y habeis conocido al que causára su desdicha? preguntó el judío con reconcentrado odio...

—Le teneis delante de vos...; murmuró frey Martin, cayendo en el suelo de rodillas.

El judío soltó una carcajada indefinible..., y se lanzó como una fiera sobre el caballero, sujetándole con fuerzas hercúleas y apretando su garganta con sus ferradas manos... Cuando le pareció consumada la obra, suspendió en el aire el comprimido cuerpo de Andos y le arrojó á una larga distancia.

Esta escena pasó en menos tiempo del que hemos necesitado para contarla; y en aquel momento don Hugo por una puerta, y varios caballeros por otra, penetraron en el salon...

Era ya tarde... *El castellan de Amposta* habia dejado de existir... Le habia ahogado Isacar.



CONCLUSION.

Reunidos en consejo, al inmediato dia de la muerte de frey Martin Armengol de Andos, los caballeros de la órden residentes en Amposta dieron cumplimiento á los mandatos del gran maestre y del capitulo general, proclamado *castellan y gefe de la caballeria hospitalaria en la lengua de Aragon y Cataluña* á don Hugo, quien por muchos dias rehusó hacerse cargo del gobierno de la castellanía; viviendo retirado para llorar la desgracia irreparable que le habia cabido en suerte con la pérdida de su querido hermano.

Los religiosos y los caballeros acordaron hacer solemnísimos funerales á su gefe y amigo, y le tributaron los honores debidos á su alta dignidad, al cariño que le profesaban, y á la estimacion en que todos le tenian. Los vecinos de la villa y de las poblaciones inmediatas asistieron á los fúnebres oficios,

dando muestras de un dolor agudo y verdadero; y de los ojos de los concurrentes se desprendieron copiosas lágrimas, justo homenaje rendido á los socorros y favores que los habitantes del lugar y de la comarca habian repetidas veces recibido de aquel generoso, benéfico y piadoso caballero, cuya alma debia haber volado al cielo, y cuyo cuerpo era depositado en la tierra de que fué formado.

Pocos minutos despues de haberse perpetrado el asesinato de frey Martin era conocido y sabido el hecho por las personas residentes en la poblacion, y todas indignadas y furiosas pedian el castigo mas sensible, que pudiera darse á hombre, para el malvado que consumára el crimen.

Vicente supo el atroz acontecimiento, y traspasado el corazon voló al castillo, en donde oyó referir los pormenores de la sangrienta escena que en el salon de armas acaeciera, y acongojado y casi loco se dirigió á prevenir los males que presentia para su casa y para su dicha.

Violante, aunque siempre retirada en union de su fiel Lucía, presumió que algun suceso extraordinario ocurriera en Amposta, porque en la calle do estaba situada su habitacion se agolpaba la gente; juntándose para preguntar y oir la respuesta, y separándose luego de escucharla á precipitado paso, exhalando suspiros, interjecciones y doloridos ayes. Vicente entró en casa, y su esposa intranquila le interrogó de este modo:

—¿Qué sucede, Vicente, que anda en alarma el lugar? Pero, Dios mio, ¡qué pálido estás! ¿Te hallas enfermo?... ¿Díme qué tienes?...

—¡Sé yo acaso, lo que por mí pasa en este instante!... Amada mia, acabamos de sufrir una gran desdicha... El buen castellan... ha muerto...

—¡Muerto! repitió Violante... ¿Cómo ha sido?...

—Un fanático ha puesto fin á sus dias; privando á Amposta de su caritativo y cariñoso padre... Roguemos á Dios por él..., y por nosotros...

—¿Quién es ese miserable que atentó contra la vida del mejor de los hombres? añadió la infeliz.

—Todavía es su nombre un secreto..., contestó el marido eludiendo la respuesta.

—¿Y existe aun? prorumpió Violante en medio de un arrebato de dolor.

—No podrá ya existir mucho tiempo.

—Indaga quien es para que le maldigamos...

No habia acabado la jóven de pronunciar estas palabras, cuando en el exterior de la casa una voz fuerte, que contestaba á la pregunta que otra voz le hiciera, gritó:

—El asesino es el judío Isacar.

Violante oyó esa frase, y dando un alarido doloroso vino á tierra privada de conocimiento y de sentido.

.....

Cuatro dias mas tarde Isacar ó José fué ahorcado en la plaza mayor de Amposta; asistiendo á la ejecucion un inmenso concurso.

Los ruegos de Vicente no pudieron obtener el perdón del padre de su esposa... Esta padeció una larga y grave dolencia, y cuando salió de ella supo el fatal é infame fin del falso converso José.

Violante vivió desde aquel día siempre enfermita y triste, y murió jóven; no dejando sucesion. Vicente se puso á las órdenes del nuevo castellan en clase de *lego sirviente* en la milicia y asi pasó su existencia.

Don Hugo, aunque padeciendo de continuó, gobernó por muchos años; y concurrió con sus caballeros á los grandes hechos de armas del rey de Aragon don Jaime el Conquistador.

FIN.

l
a
o
-
.
n
i
-
-
e

M.C.D. 2022

M.C.D. 2022

M.C.D. 2022